

Capítulo I

Chile 1932-1938: Depresión, Recuperación y Futuro

Un vacío en el relato histórico

Cualquiera que se asome al estado de la política y de la sociedad chilena a comienzos de los años treinta, y no sepa el final de la historia, creerá que el desenlace será funesto. Sin embargo, a fines de la década el país, aún en el estado de fundamental pobreza, medido con las democracias industriales, se encontraba encaminado a gozar de varias décadas de orden político aceptable, desarrollo social de cierto grado, un crecimiento visible de la clase culta y presencia mundial de su alta cultura; aunque todo ello con un desarrollo económico limitado, que al final fue experimentado como una cadena de esclavitud. El mismo observador de comienzos de la década supondría que los líderes y las ideas de los que impulsaron la recuperación del país recibirían un justo aprecio. Sin embargo, sin ser borrados de la lista del pasado, su presencia ha sufrido un permanente menoscabo. No sólo por justicia, sino por una comprensión más cabal del significado de esa década es que otros observadores en este fin de siglo deben asomarse a esos momentos.

A partir de la década de 1940 los historiadores extranjeros —casi los únicos que se interesaron por el Chile del siglo XX, al menos hasta fines de los años 1970— quedarían fascinados por el desarrollo político que se inicia con el Frente Popular. La repercusión de la política chilena en las relaciones interamericanas estuvo influida por la historia política del país austral y no por su posición geopolítica o por sus recursos económicos. Las simpatías con los elementos que se consideraban progresistas de la democracia chilena, así como la extrañeza por las distancias entre los grupos sociales y en general una fascinación por el modo de ser del chileno, conformaron un cuadro de

incentivos y de focos específicos en las preguntas que se efectuaban al Chile contemporáneo. Esto sentó las bases para definir a 1938 como un punto de inflexión. Aunque el argumento tiene muchos puntos a favor, se suponía que los años inmediatamente anteriores no poseían mayor interés para la comprensión del desarrollo del país. Los análisis políticos sobre este período tienden a concentrarse en el desarrollo de las fuerzas de la izquierda, cuya importancia es obvia, pero no se plantean mayormente la viabilidad de sus alternativas. La historia económica de los años 1930, también mirada como una suerte de paréntesis, entre la aniquilación del "modelo exportador" con la Gran Depresión, y el establecimiento de lo que se podría denominar el "sistema CORFO", a partir de 1939, tiende a olvidar lo que era una dirección económica en condiciones desesperadas.

En Chile las condiciones intelectuales y políticas que fijaban la atención eran similares. Por una parte, llamaban la atención las convulsiones políticas de 1924/25 y las de 1931/32. Estas provocaron una abundante literatura polémica, aunque no carente de valor, que se concentró en las rupturas institucionales. Las figuras emblemáticas eran Arturo Alessandri y Carlos Ibáñez. El primero traía el recuerdo del "año 20" y de la Constitución de 1925. El segundo la "dictadura" o gobierno "realizador", según se quiera, y lo que entonces se miraba como la traumática caída en 1931. La Depresión ha sido una referencia constante, y desde luego que nadie ha desconocido que se trató de una tragedia de grandes proporciones. Por otro lado siempre se puso la atención en la inestabilidad política. Desde 1924, las instituciones se encontraban sobre arenas movedizas, y la Constitución de 1925 era en los hechos un mero punto de referencia. El tipo de relato que predominó y construyó la imagen histórica del chileno reconocía el funcionamiento normal de las instituciones políticas en los años treinta. También se reconoce el aporte de Gustavo Ross, aunque se pone el acento en medidas que para algunos aparecían discutibles, como el plan de reanudación de pagos de la deuda externa. También se le echaba en cara que no tenía un "plan", palabra que en la semántica que dominaba tenía resonancias estatistas y muchas veces marxistas.

Como se verá en el Capítulo II, esto se debía en buena medida a la pérdida de protagonismo de las ideas liberales de derecha en la política chilena como consecuencia del cataclismo que significó la Depresión. Esta no sólo incrementó la idea de intervención estatal —y de potencialidad de la acción pública—, idea que venía de antes, sino que además le restó casi todo prestigio al mundo económico predepresivo. La economía política liberal, es decir, de apertura a la economía mundial de mercado, quedó horra de legitimidad. Era comprensible, ya que en su nombre se había justificado una inacción que agravó la crisis en Chile y en el mundo; todavía se discute sobre sus alternativas, pero es difícil no pensar que si la recesión podría haber sido

inevitable, la Depresión sí lo era. La política de Ross aunque original, estaba cubierta por la imagen que sus enemigos le habían impregnado, que la identificaban con un mundo periclitado. Entonces no hay que extrañarse que la interpretación que sobre estos años ha predominado, incluyendo a las décadas siguientes, haya sido de los observadores críticos, contemporáneos a los sucesos¹. Además, como se indicó, el Frente Popular ejerció una poderosa fascinación sobre los estudiosos chilenos y extranjeros, de éstos los norteamericanos en primer lugar. Sólo la Unidad Popular y el Gobierno Militar desplazaron este interés. Pero a estas alturas, cuando muchas de las ideas que alimentaron el desarrollo político de Chile —o algunos de sus rasgos— se han desvanecido como espíritus malditos, es hora de examinar alternativas que sin haber sido dogmáticas, como debe quedar claro en los capítulos siguientes, se acercaban más a las potencialidades políticas y económicas de Occidente moderno, y a lo que concretamente sería el mundo de su futuro.

Esto acentúa más la impresión de que en el relato sobre estos años existe un vacío. ¿Es que el "Estado de compromiso" surge de la nada en 1938 con Pedro Aguirre Cerda? Así como no se entiende al Chile económico y político sin el desarrollo de la segunda mitad de los veinte, las decisiones y procesos que se imponen en la década de 1930 sentarían las bases de un largo período de la historia de Chile, y en cierta manera pondrían categorías a la vida pública y a la interpretación que los propios chilenos tendrían de su país por el resto del siglo. Más todavía, es un supuesto de este libro que los principales dilemas que la sociedad chilena tenía ante los desafíos del siglo XX, tanto en el orden interno, como ante los cataclismos y oportunidades positivas del sistema internacional, se dieron a cabalidad en los diferentes actores de estos años, y la respuesta del equipo dirigente fue quizás la más realista y sensata del siglo, teniendo en cuenta las circunstancias; sobre todo una que funcionó en casi total aislamiento. Esto es más paradójico si se tiene en cuenta la gran cantidad de estudios que se han dedicado al origen de las fuerzas políticas y sociales ligadas a la izquierda o a las coaliciones de centro-izquierda que tienen su mirilla puesta en los 1930, pero para las cuales el gobierno de Alessandri era una suerte de provisorio, una no-entidad, salvo dos o tres constataciones de rigor². Por último, algo que aquí sólo puede ser insinuado, la alta cultura —y hasta cierto punto la cultura colectiva— del Chile de estos años alcanzaría un desarrollo que también impregnaría las décadas siguientes. Repensar toda esta circunstancia, sin necesariamente desechar todo lo que se ha escrito al respecto, es la intención de estas líneas.

¿Qué es más decisivo, lo político o lo económico? Esta ha sido una vieja disputa política y teórica en el mundo moderno. Parece que no es necesario decir que aquí se la va a soslayar. Nubla la visión para comprender ese procedimiento y desarrollo complejo en que consiste el despliegue del orden

social, la sociedad y el Estado, u "orden público" para hacerlo más amplio. En todo caso, en el Chile de comienzos de los treinta la Depresión llevó la voz cantante. Sin ella el sistema político hubiera tenido que presenciar o la "transición" a una democracia a partir del régimen de Ibáñez, o la eternización de un gobierno autoritario, por definición fuerte y débil a la vez. La horrenda crisis económica mundial le sustrajo el argumento que lo legitimaba: la de crear un país "moderno", aunque algunas de sus obras perduraron. La crisis de sucesión que debía venir, el corazón de la crisis en los sistemas autoritarios, se multiplicó en intensidad por la catástrofe económica. El resultado fue una crisis nacional que pudo muy bien terminar en un mundo de frustraciones y de dislocación de la sociedad y de la vida pública. Pero a pesar de las insuficiencias del Chile republicano de la década 1932-1970, difícilmente en el contexto latinoamericano se puede considerar esas décadas como una pura parálisis, aunque entonces diversos actores hayan recurrido a esa imagen en el curso de la guerrilla política. ¿Por qué no sucedió de esa manera? Este libro narra parte de la historia y trata de responder una parte de la pregunta. Estas líneas no olvidan que lo que es una sociedad depende en muy pequeña medida del liderazgo político; una civilización es una obra mucho más compleja. Con todo, cuando los seres humanos se mueven por esa zona de la realidad que es el espacio público, miran por una guía a los "hombres de Estado", y la sociedad será más compleja y rica si ellos reflejan en su lenguaje las grandes tensiones de la época. Los "hombres públicos" (o clase política) ofrecen el marco de referencia y es la acción de ellos lo que principalmente se analizará aquí, teniendo como punto de fuga las relaciones con EE.UU. Para entender la circunstancia en la que se encontraba, se debe contemplar en primer lugar cómo el país orillaba los bordes de la sima a comienzos de los años treinta.

Chile: ¿otra république sudaméricaine?

El Gobierno del general Ibáñez se desplomó el 26 de julio de 1931. Desde ese día hasta el 24 de diciembre de 1932 se suceden una serie de experimentos y el país parece estar al borde de un abismo. Elegido Presidente el ungido por los sectores de los partidos tradicionales que habían sido opositores a Ibáñez, Juan Esteban Montero, su gobierno cayó en la inacción peligrosa que recordaba a la república parlamentaria. También al ser derrotado el caudillo civilista, Arturo Alessandri, éste no se suma claramente a los intentos estabilizadores. Como se dice más adelante, la era de las ideologías había ingresado ampliamente en Chile, y la sociedad y la política estaban sometidas a críticas más radicalizadas que, sumadas a las condiciones posdepresivas, y a la fragilidad institucional, creaban condiciones explosivas

qué por momentos se parecían a Rusia en 1917 o a hechos más contemporáneos a esos días, como las convulsiones de la Alemania de Weimar. A la larga no pasó más allá de cambios de gobiernos al estilo de cuartelazos, como en muchos países de América Latina.

Peró también da la impresión que se marchaba por la cuerda floja. Una rebelión de la marinería, inspirada en las condiciones reinantes, pero también con influencia radicalizada, crea condiciones clásicamente prerrevolucionarias. Produjo además una imagen de impotencia que décadas después todavía seguiría produciendo su efecto. En diciembre de 1931 se produce un alzamiento violento —al parecer inspirado por los comunistas— en Copiapó y Vallenar, que es ahogado por la fuerza, con decenas de muertos. Luego en junio del año siguiente un grupo de políticos y oficiales de rango intermedio proclama la "República Socialista", deponiendo a Montero; ésta es sucedida por varios titulares en el poder, hasta que el Presidente de la Corte Suprema convoca elecciones presidenciales para octubre de 1932. Esta vez, aunque con la derecha dividida y un nuevo actor en la escena, el socialismo, triunfa el León, Arturo Alessandri. Aunque el socialismo era de tipo "estatista", intervencionista, distante de un modelo revolucionario y totalitario, al igual que con la rebelión en la Armada se creaba una situación fluida que podía desembocar en el dilema de "entre el caos y la tiranía". En todo caso no pocos observadores extranjeros veían en el país a la "république sudaméricaine" —para emplear la expresión con la que Tocqueville se refiere desdeñosamente al mundo hispanoamericano— y la verdad es que razón no les faltaba. Es cierto que el derramamiento de sangre fue muy escaso para la magnitud de los acontecimientos, salvo en Copiapó y Vallenar. Los golpes y contragolpes se sucedían como en Argentina, en la década de 1960, más por la contabilización de unidades fieles a uno u otro bando, que por el combate sangriento. Pero, ¿cuántas revoluciones (a veces contrarrevoluciones) sanguinarias no han comenzado de esta manera, creando así la leyenda de la "inocencia original" después violada?

Hubo un elemento que explica en parte la estabilización posterior. Había crecido un deseo de "normalidad", encarnado fundamentalmente por los "civilistas". El anhelo tenía un carácter connotadamente antimilitar, ya que se culpaba a los hombres de armas del desquiciamiento institucional. Esto es sólo parcialmente cierto, ya que junto a los oficiales —de rangos inferiores— desde 1924 habían existido políticos y caudillos civiles, u hombres que veían en los militares al nuevo grupo dirigente; ellos ayudaron a la movilización de las Fuerzas Armadas. Pero la impresión de la dictadura de Ibáñez, como sobre todo de la sucesión de golpes e intentonas revolucionarias en 1931/32, dieron una sensación de desgobierno que asentó una "ideología" civilista en el estado de ánimo general. A su vez, éste es incomprensible sin que dentro de las filas del ejército no hubiese surgido la idea de que "los civiles" los

habían usado y abusado. Ahora su desprestigio hacía necesario volver a los cuarteles y dejar la política a los políticos. Con todo, a la segunda administración Alessandri la favoreció el hecho de que en el país había una disposición a pagar precios políticos y económicos a cambio de un regreso a la "normalidad". Además, se sospecha que la historia de Chile no autoriza a pronosticar grandes revoluciones; en casos extremos, espaldas contra la pared, las fuerzas sociales tienden a escoger la contrarrevolución. Claro está que las predisposiciones se transforman en conductas si existen los hombres que las movilizan en una dirección. Debe haber sido tentador recordar a 1924 en los días de diciembre de 1932, cuando Alessandri presenta el flamante nuevo gabinete y existe un nuevo Congreso. Todavía más si se mira otra cara de los sucesos; la situación económica y social, a pesar de que en los últimos años se había mejorado, no era satisfactoria. Es sabido que el comercio mundial disminuyó en la mitad a comienzos de los años 1930. Pero más abrupta fue la caída de las materias primas; muchos textos recuerdan cómo sobra el café en Brasil, hasta el punto que se intentó hacer funcionar las locomotoras usándolo de combustible. Otras paradojas tendrían un profundo efecto en la política, como las matanzas masivas de ganado para evitar el derrumbe total de su precio; mientras multitudes cesantes estaban al borde de la inanición. Los chilenos no tenían usos alternativos para el salitre y el cobre, y sólo hubieran gastado más de los escasos recursos al arrojarlos al mar. Pero lo que sí les sucedió es que esas dos materias primas, que producían sobre el 70% de sus divisas en 1929, se derrumbaron. Chile era continuamente citado como el país que más había sufrido con la Depresión, ya que perdió el 88% de sus ingresos en divisas, por el derrumbe del precio en el salitre y el cobre. Aunque como se explica en el Capítulo V, a partir de 1932 el salitre perdería su puesto de primer proveedor de divisas al país, su crisis provocaba un impacto social y regionalmente multiplicador.

El PGB bajó a cerca de la mitad de su valor entre 1929 y 1932⁵, aunque por cierto antes de la existencia de las "cuentas nacionales" todo cálculo tiene un valor aproximativo, tal como se aprecia en las contradicciones del Cuadro I. La crisis política y la situación angustiosa permitieron un manejo más irresponsable del dinero, y el año 1932 la inflación alcanzó cifras entonces asombrosas⁶. Generalmente se ha culpado del desastre a la obstinada mantención del patrón oro diseñado por la Misión Kemmerer, pero dada la situación del comercio internacional en estos años un temprano abandono de esa política quizás sólo hubiera mitigado marginalmente la violencia de la caída. Kemmerer siempre insistió en que se debió haber mantenido hasta las últimas consecuencias, en un debate que recuerda a la devaluación de 1982. Un muy citado estudio de la Sociedad de las Naciones nombraba a Chile como el país que más sufrió de acuerdo a la caída de sus exportaciones⁷. Los instrumentos legales de comercio internacional se modificaron drásticamente,

lo que tendría profunda influencia en el futuro. La nueva ley, Ley 5107, de control de cambio del 19 de abril de 1932, creó la Comisión de Cambios Internacionales, que decidiría qué es lo que se importa: materia prima y artículos de primera necesidad. Sólo se podían autorizar exportaciones que retornaran todas sus divisas. El Banco Central trataba de mantener el precio oficial relativamente bajo, y los exportadores retornaban sus divisas como mercancías, o vendían sus derechos a importadores⁸. Además fue el instrumento inicial por medio del cual se introdujo el proteccionismo en Chile por más de cuatro décadas. La producción minera y la construcción fueron las ramas más afectadas, y ello basta para explicar el naufragio de la economía. La caída en la actividad fue menor en agricultura (aunque sufrió un continuo estancamiento después), y todavía menos en la producción manufacturera. Esto último se debió a que se acentuaron las tendencias de "sustitución de las importaciones" *avant la lettre*, lo que mantuvo o recuperó actividad y empleo. La actividad manufacturera revelaba un crecimiento industrial real que venía de los años veinte y de antes; también los aranceles se habían comenzado a extender a partir de 1928 y no se detendrían después de 1932, alcanzando hasta un 300% en 1935⁹. Pero el precio de esta dirección engañó a muchos entonces (pero no a Ross, y unos pocos más, como se verá). Efectivamente, las industrias crecientemente protegidas llevarían una vida lánguida aunque próspera para sus dueños y asalariados, pertenecientes a gremios poderosos; por otra parte, no tenían ni un mercado muy grande ni estaban sometidas a una medida que tuviera que ver con la evolución mundial, al estar cuidadosamente protegidas de la competencia. Como medida de emergencia aparece como inevitable; su eternización puso límites infranqueables al "Estado de compromiso". Finalmente, no debe olvidarse que, salvo unas pocas inversiones, Chile no contó hasta 1939 con ninguna fuente de financiamiento externo. Todo lo que el país efectuaría a partir de fines de 1932 fue logrado sólo con "fuerzas propias", lo que constituye la cara "milagrosa" de los años treinta.

Se trataba de un Chile bastante triste el de comienzos de la década. Si bien los diplomáticos norteamericanos aseguraban que los chilenos continuaban con sus "cocktail-parties" (Capítulo II), probablemente se referían tanto al grupo que siempre florece o resiste con las crisis, como a lo que ellos veían una irresponsabilidad propia al carácter chileno. En *La Chica del Crillon*, Joaquín Edwards Bello, en el género donde este genio no brillaba en toda su magnitud, nos ha dejado un retrato de los sufrimientos de la clase media y de naufragios de muchos miembros de sectores sociales prominentes¹¹. Tiempo después vino la moda de hablar de la "década perdida"; seguramente en cierto sentido los años 1930, comparado con las promesas de finales de los veinte, pueden considerarse como "perdidos". Si bien la memoria colectiva no registra un pasado de "shock", como en el caso norteamericano, o la

CUADRO I

Producto e inflación 1929-1939 (%)

Año	P.G.B.	P.G.B. (1929=100)	Inflación
1929	10,4	100,0	-
1930	-10,5	85,4	18,8
1931	-17,1	64,3	0,9
1932	-26,9	63,6	123,9
1933	16,2	75,3	-4,5
1934	21,3	85,7	6
1935	6,5	87,3	2,4
1936	1,4	90,6	16,2
1937	14,1	97,5	6,5
1938	-4,1	101,7	-3
1939	2,5	98,8	7,6

Fuente: Rolf Lüders: "A Monetary History of Chile 1925-1965".

Aunque no se tienen cifras exactas, las consecuencias sociales parecen haber sido pavorosas. Como se dijo antes, la Gran Depresión tuvo un efecto psicológico más fuerte, con huellas más duraderas, en las grandes democracias industrializadas que en países como Chile, ya que aquí la pobreza era un hecho cotidiano y por muchos aceptado como parte de la naturaleza física. La cesantía, o lo que es casi lo mismo el cese del pago de sueldos y salarios a los empleados fiscales, o por lo menos la reducción de los mismos, pasó a ser otro hecho cotidiano. Dentro de la misma inseguridad acerca de los números, al menos en las zonas mineras del norte, la cesantía debe haberse aproximado a los dos tercios de la fuerza de trabajo. La presencia de una inmensa masa de pobres no era ninguna novedad en la historia de Chile, ni dejaría de serlo en el futuro. Pero esa presencia ahora estaba mediatizada por una clase política que hacía de ella el problema central de los debates públicos. Esto en gran medida es un testimonio de que Chile pertenece a una civilización moderna, aunque muy imperfectamente. Pero también desvió los argumentos desde la racionalidad del mecanismo de la economía moderna hacia los "obstáculos al desarrollo", en los que se quería ver al "sistema", el "pasado", las fuerzas retardatarias, lo que fue estrechamente vinculado a la

economía de mercado. Esto explica por qué la consigna de Aguirre Cerda "pan, techo y abrigo" causó una impresión imborrable, como más adelante la divisa menos poética de "cambio del sistema". De esta manera, todavía a fines de los años treinta era fácil mostrar terribles estadísticas acerca de desnutrición, analfabetismo, alcoholismo, mortalidad infantil...¹². Entonces se pasaba por alto la reflexión de si una política como la de Ross no entregaba precisamente los presupuestos para comenzar a combatir esos males con medios que dieran una probabilidad de perpetuar la disponibilidad de recursos. Y si esta lógica no funciona con automatismo, ¿cuál debe ser la acción pública que la acompañe? Se dio una legislación social en los años treinta, y se apoyó la acción de una serie de organismos públicos, pero no se ha investigado comparativamente de acuerdo a recursos, tiempo y alternativas como para tener una idea clara. Lo cierto es que el Fisco obtuvo recursos considerables a partir del momento en que se puso en marcha la recuperación económica.

La institucionalización: un liderazgo de dos almas

En ese segundo semestre de 1932 el país estaba ante una grave encrucijada. ¿Qué duda cabe! Los días de la Depresión plantean una cuestión de largo plazo en la historia de Chile. Este se hallaba en la disyuntiva de mantener el curso de disgregación institucional, y adquirir la costumbre (o, más elegantemente, la "cultura política") de una "république sudaméricaine", o dar un golpe de timón y reencontrar un camino que aunara estabilidad política dentro de un orden democrático, junto a una recuperación económica que permitiera entre otras cosas el funcionamiento mínimo de la maquinaria del Estado y creara las condiciones para retomar el crecimiento. Todo esto cuando si bien había un deseo de orden palpable (o de regreso al "civilismo"), también se habían desatado con fuerza las presiones reivindicacionistas, que parecían muy comprensibles en medio del desplome del nivel de vida, con presencia en la política de una fuerte izquierda marxista. Levantar un "orden" en esas condiciones aparece, y aparecía para muchos contemporáneos, como la cuadratura del círculo.

Las fuerzas sociales eran las que eran, esto es, ya sea para una fórmula de reordenamiento o para una de anarquía autoprovocada, los hombres, los grupos y las estructuras estaban en el foro. ¿Cuál podía ser el camino diferente que tomaría Chile al que efectivamente tomó? Si se mira en el horizonte vecinal quizás sea permisible una comparación. La otra ruta era la "argentinización" de Chile. Ha sido un tema ampliamente debatido entre los estudiosos el caso de la "decadencia" de Argentina, o de cómo un país provisto de todos los ingredientes sociales y económicos para alcanzar el

“desarrollo”, por una deficiente conducción política va quedando rezagado “de lo que pudo ser”. Los comienzos de la década de 1930 mostraban los mismos síntomas a este lado de los Andes, aunque sin la riqueza trasandina, ni su culta clase media. Existían en Chile, es cierto, otros presupuestos, como un grado de centralización y de comunicación dentro la clase política que está ausente en Argentina. Existía un cansancio visible con el grado de inestabilidad política, y junto con el surgimiento de fuerzas de izquierda que más adelante ofrecerían una visión alternativa del futuro, había también un deseo de “normalidad” que tenía que favorecer a los sectores conservadores. Pero, ¿cuándo no ha habido este espectro de posibilidades en la política moderna?

Que en Chile no se diera el “síndrome argentino” se debe en buena medida a la aparición de dos hombres liderando un equipo que dio instituciones y un marco de acción al Estado por cuatro décadas: Arturo Alessandri y Gustavo Ross. Aquellos que sólo ven estructuras aseguran que las cosas se desarrollan de todas maneras por un mismo curso. Desde luego, el margen por el cual se mueven los hombres que eligen es estrecho, pero la consistencia de lo humano se prueba en ese reducido espacio de acción, que de otro modo es la misma que la del pensador y la del artista: una pequeña ventana hacia otra encrucijada que muchas veces es otro cuarto oscuro. Es la sustancia del libre albedrío. Uno de ellos no es el personaje principal de este libro, pero su personalidad es demasiado formidable para no recordarla a cada paso. El Presidente Arturo Alessandri Palma (1868-1950) constituyó la figura más debatida del siglo. Después la memoria histórica ha sido menor, el estrellato de los hombres es más fulgurante en los medios de comunicación, pero más breve en el tiempo como parte quizás de un desgaste que produce lo moderno. Ha habido varias descripciones de su personalidad, pero hace falta una monografía que pudiera ser, por un tiempo que es lo inevitable, catalogada de “definitiva”. Hace algunos años, Gonzalo Vial efectuó una retrato fundamental, pero pensado para el Alessandri de su primera Presidencia (1920-1925)¹³. Es probable que en este hombre excepcional se haya continuado dando lo que es el privilegio de algunas vidas, un proceso de maduración que se mantiene hasta muy avanzada la edad. En todo caso, y frente a la imagen de mero “agitador de masas” que muchos retuvieron, Mario Góngora lo ha calado en una frase: “Tras el demagogo, había un estadista”¹⁴. Se le recuerda por la Constitución de 1925, que en gran medida ayudó a impulsar. El antiguo orador parlamentario, que con su embrujo ayudó al proceso de paralización parlamentaria, es víctima del mismo y se reivindica después en 1925 al fundar la República Presidencial. Con todo, si Alessandri hubiera muerto en 1930, o no hubiera sido reelecto en 1932, habría que tener un juicio ambiguo acerca de su papel. Famoso orador, sin embargo sus palabras hoy en día nos

dejan indiferentes¹⁵. Hay que creer que la magia que emanaba de su personalidad procedía de un “carisma”, concepto que puede caer en el desuso por su abuso, pero que en este caso tiene una recta aplicación: Debe haber habido algo en el sonido de su voz, en sus gestos y en la atmósfera que sabía crear a su alrededor. Para nuestra generación puede ser útil la comparación con su hijo Jorge. ¿Qué joven de fin de siglo se entusiasmaría con los discursos de Jorge Alessandri? Sin embargo, su aparición siempre estuvo rodeada de un aura de grandeza de tipo “gaullista”. En mayor medida debe haber sido el caso del León.



Archivos Fotográficos Museo Histórico Nacional

Arturo Alessandri Palma

Mario Góngora lo ha calado en una frase: “Tras el demagogo, había un estadista”.

Más importante, su nombre debe quedar ligado a la institucionalización del sistema político chileno en los años treinta, y del renombre de su democracia hasta fines de los años sesenta (para los extranjeros interesados en Chile, hasta comienzos de los setenta). Salvo, por cierto, si creemos que no se trataba de una genuina democracia, o que ésta es un espejismo. Pero

si se sostiene que el Chile de mediados de siglo mostró un sistema político que respondía a las exigencias de civilización política del mundo occidental, aunque con imperfectos o muy imperfectos procesos de democratización (calidad de vida, espíritu cívico, identificación y diferencia entre lo público y lo privado,...), entonces la figura del León merece un lugar destacado. Con los problemas que luego se mencionarán, Alessandri le dio sustento político a la estrategia de su Ministro de Hacienda. Y aunque éste formó su propia irradiación política, toda la formidable habilidad del Presidente tuvo que desplegarse un máximo para proteger las espaldas a quien le proporcionó los recursos y un objetivo para reanimar a la economía e integrarse al mercado mundial. El presidencialismo que postuló teóricamente con la Constitución de 1925 se hizo carne con él a partir de 1932.

Este caudillo, con sus variadas caras y sus reacciones a veces cambiantes, maduró como un estadista aunque no se le debe idealizar. Sin caer en la destrucción de los ídolos, una de las frivolidades de este fin de siglo, se debe estar atento a la humanidad contradictoria que lo animaba, en este caso como en otros. Esto llevaría a excesos, uno de ellos, el del Seguro Obrero, dejaría una mancha que se niega a borrarse. Pero luego se dirá cómo ella se origina en su esfuerzo por disciplinar al sistema político al punto de aceptar a regañadientes pero de manera decidida la derrota política de 1938. La ambición de dejar como herencia un sistema, pero empleando otras palabras, fue sin duda un acicate. El conjunto revela el hombre surgido de una exigencia de civilización, sin olvidar sus exabruptos, que fueron también los de días agitados en el entorno mundial y trajeron a las orillas del Pacífico Sur los dilemas de la guerra civil europea.

Existe otro elemento en Alessandri que confunde la persona con las fuerzas sociales que evolucionan. Se le ha vinculado con los "ascensos de las capas medias". A través de este libro, habrá referencias a cómo los grupos económica y socialmente dirigentes son permeables a los nuevos actores, siempre que se les adopte ritualmente como modelo, y cómo éste cambia con la nueva sangre. Pero el León le da carácter expreso, abierto, le otorga legitimidad pública a estos cambios. A la vez, es quien desde poco antes de 1920 comprende el papel que el "socialismo de Estado" (es decir, las leyes sociales) tendrá en detener una marea revolucionaria que 1917 hizo sentir rápidamente en el país austral. Muchos de sus antiguos admiradores, o del tipo humano político que le acompañó en 1920, consideraban que los había traicionado al juntarse a la "oligarquía" en los treinta. Aquí se supone que no hay tal solución de continuidad. Por el contrario, sin perder de vista las posibilidades del activismo social y económico a partir del Estado, supo confiar en una estrategia económica —que tenía también contornos políticos— que revivió una economía paralizada. Si esta última hubiera sido una empresa privada, habría quebrado al instante. La estrategia tenía su precio, y los

chilenos de la época tendieron a percibirlo antes que sus beneficios. Esto se resolvió en la posibilidad de que el país pudiera seguir funcionando con relativa prontitud. Más todavía, en este fin de siglo las medidas que entonces se tomaron, el tipo de valoración acerca de la economía mundial como la movilización de los actores económicos internos, se muestran como un momento promisorio del Chile moderno, en lo que le puede tocar intervenir a un Gobierno.

Esto es inseparable del segundo hombre de a bordo, el Ministro de Hacienda Gustavo Ross Santa María. Sobre éste se hablará más extensamente en los capítulos que siguen, ya que es el actor central de los hechos que aquí nos ocupan. Baste con decir que aunque fue un "político ocasional", en cuanto a que circunstancias excepcionales lo llevaron al estrellato, no fue un mero técnico o tecnócrata que después intentó ser Presidente. La dirección de los asuntos públicos en estos años, después del propio León, es incomprendible sin la presencia de Ross. Este fue un centro gravitante en lo político, sin gran diferencia o competencia con el Presidente; se trató de una dupla que no dejó de manifestar problemas, pero su dinámica hace imposible pensar estos años sin la presencia de los dos hombres. El Ministro de Hacienda no sólo permitió a Alessandri encontrar una estrategia y una adecuación práctica para echar andar la maquinaria económica, sino que, además, aun a contrapelo de la mentalidad general de la clase política, diseñó un horizonte de acción (o estrategia) original que le dio estatura política propia. Claro que en un medio político relativamente desarrollado y complicado como el chileno, su carencia de dotes políticas tácticas presentó barreras formidables aunque no insuperables para su éxito. Esta una de las causas de por qué Ross no dejó una inspiración tras de sí. Perteneció al puñado de Ministros que en el Chile del siglo XX han sido decisivos en el escenario político; como Ministro de Hacienda no hay otro que en cuanto persona haya tenido una influencia tan decisiva en este siglo en el desarrollo de una política económica. Los hombres del círculo de la CEPAL después, influyeron en su conjunto en la mentalidad colectiva y en la de la clase política. A los cerebros de la política económica del Gobierno Militar (1973-1990) se les adjudica la inspiración económica y en parte política del régimen; pero no existe uno que como persona haya tenido la relevancia para la vida pública que la que tuvo Ross; además estaban a las órdenes de otro personaje singular, que les proyectaba una sombra que no podía compararse con la más modesta que el León proyectaba sobre su Ministro de Hacienda. Con mayor fuerza hay que preguntarse por qué entonces no dejó una huella intelectual en las fuerzas políticas y sociales. Esta será una de las preguntas a la que se intentará responder en el curso del libro.

El medio en el cual se movían estos actores era reducido. Pero esto puede ser una frase hecha. Tras el análisis de toda formulación pública,

podrá hallarse una mentalidad colectiva que la haga probable, pero en su despliegue siempre existe un pequeño número de seres humanos. Se señala esto porque la política, sobre todo de la derecha, parece muy teñida de un color "oligárquico". Desde luego que Chile ha estado caracterizado por una sociedad organizada en torno a círculos concéntricos, de modo que la clase política y la clase dirigente (en una acepción amplia) siempre están en una situación de conocerse entre todos, de "ubicarse". Entre fines del siglo pasado y mediados del presente, subyacen aparte de las divisiones políticas un recelo y amargura entre clase alta y clase media, por más que, como en toda sociedad de clases —salvo en los manuales de sociología marxista y marxistoides—, las fronteras entre grupos y clases sean imposibles de determinar. En el Chile de los treinta, apenas se toma la lupa y se analiza caso a caso, se ve inmediatamente cómo existe una compleja y no lineal gradación social en los actores individuales. Aquí no se puede emprender una historia social, aunque algo se aludirá en el curso de libro.

Esta sensación de rivalidad estaba al parecer muy viva en los años treinta. A pesar de la alta votación de derecha, ésta se encontraba bajo la sospecha extendida en la sociedad de que sólo representaba a un sector numéricamente ínfimo, y que además se reducía a un núcleo social de abolengo real o de fantasía, pero que creaba un foso con el resto de la sociedad. En este libro no se analizará este problema. Sólo hay que señalar que aunque los actores de la historia que se narran, y el círculo del cual salían impulsos y recogían los incentivos era, socialmente hablando, muy pequeño, ello desde luego tenía, como se dice en el Prólogo, una relevancia para la sociedad entera. Los grandes debates del Chile de los treinta —tal como también se daban entre los intelectuales— reflejaban el desarrollo cultural del mundo moderno, y no meramente un problema atávico de la oligarquía.

Hay otra consideración más importante. La desigualdad social y los fosos infranqueables (al menos en el lapso de una vida individual) entre grupos y clases han constituido la ley de hierro de la historia. Sólo a partir de la Revolución Industrial se ha podido visualizar que en muchas sociedades (pero tal vez no en todas) la gran mayoría puede abandonar definitivamente el "estado de necesidad", claro que éste cambia de acuerdo a las exigencias de los tiempos. Es el mecanismo de la economía moderna (o "de mercado") el que ha permitido, si es que no inventado, el medio de la movilidad social. Existe otro factor, el de la educación y la capacidad de mantener una vida que dé lugar al desarrollo personal junto con la capacidad de organizarse en comunidad. Si a esto se le añade la idea de que la democracia, tal como se consolida en el Occidente moderno, pertenece al terreno político de lo deseable, entonces se puede ver que se trata de un arte que debe ser dominado tras arduo trabajo. La pregunta correcta sería si la política que el grupo pequeño, liderado por Alessandri y Ross, puso en marcha en los

treinta pertenece a este horizonte. La respuesta que subyace en este libro es decididamente afirmativa, siempre y cuando se entienda que lo que se puede hacer a partir de la esfera pública es limitado; se trata de algunas pocas cosas que se pueden lograr. Una sociedad, un país, es algo más amplio, es una cultura, una civilización, y no todo ello se deja entender por las grandes coordenadas de ideas de la política moderna. Pero la finalidad de estas líneas es más modesta, y se trata de encontrar el sentido y la posibilidad de la posición de Chile en la sociedad internacional de acuerdo a unos pocos testimonios.

La respuesta económica: del abismo a la recuperación.

Este no es el lugar para efectuar una historia económica del país de entonces. Sólo baste decir que la estrategia de Ross se movió por las siguientes vías. En primer lugar, luchó por presupuestos equilibrados; después de que los ingresos públicos se redujeran en casi dos tercios, en 1934 y 1935 se logró el equilibrio, a veces con un superávit. Esto por cierto provocó y ha provocado polémicas; las frías cifras con que argumentaban los personeros oficiales contrastaban con una realidad social a veces dramática. Además se le acusó de ser "ortodoxo" en materias financieras, y de ignorar las nuevas tendencias keynesianas en economía política¹⁶. De hecho, una segunda vía de Ross fue su dominio sobre el Banco Central, que lo llevó a una política de expansión moderada, aunque siempre con algún peligro de inflación, no como en 1932, o como lo que seguiría en 1939, pero caminando por un estrecho desfiladero. Junto política monetaria prudente ("ortodoxa" decían los opositores) con un manejo del cambio fijo, lo que favoreció por un momento excesivamente las importaciones, e incluso se permitió una pequeña revaluación del peso en 1937 producto del rápido crecimiento de las rentas fiscales, resultado a su vez de la recuperación. A pesar de la imagen de "ortodoxo", su política en los años treinta deja ver un activismo económico que está más allá de cualquier "automatismo"; de hecho usó al Banco Central para ofrecer crédito a instituciones que promovieran la actividad económica, ejerciendo presiones inflacionarias delicadas, pero que no pasaron a mayores¹⁷. La recesión norteamericana de 1937/38, que hizo bajar por cerca de un año en una cuarta parte a las principales exportaciones chilenas, pudo haber sido un golpe demoledor; aunque Chile lo sintió, y el candidato Ross estaba preocupado, las bases generales de la política económica diseñadas por el Ministro resistieron la prueba.

La tercera vía fue un alza de impuestos, de tipo agrario y de tipo general. El primero fue resistido por los agricultores, pero el agro ya no imponía la política económica en Chile. El segundo, un impuesto a la compraventa,

también levantó polvareda política, porque alcanzaba "por igual a pobres y ricos". Pero además de que algún tipo de ajuste era del todo inevitable —como siempre—, sea dicho en favor de Ross que lo hizo sin eliminar visiblemente puestos públicos, sin provocar más cesantía. Para él esto hubiera agravado más la situación, ya que los cesantes no pagarían impuestos y habría que haber distraído recursos para su auxilio. Desde luego que había una contrapartida, puesto que los salarios se mantuvieron en niveles mínimos y el Gobierno hubo de contener las demandas sociales, a veces recurriendo a métodos policíacos.

Una cuarta vía estuvo constituida por una política de incentivos a la construcción. De allí que ésta sea la actividad que muestra los más rápidos índices de recuperación. Primero por medio de alivio tributario. Después destinando a ella los recursos en moneda nacional destinados al pago de la deuda externa, una vez que se promulgó la Ley 5.580 que le otorga los ingresos fiscales por salitre y cobre a esta última. Fruto de ello es una gran actividad en edificaciones y obras públicas que, además de bajar la cesantía, no ha dejado una huella como la que desarrolló Ibáñez (salvo en obras como el Barrio Cívico, el Estadio Nacional); en parte por problemas de imagen, en parte porque las de éste se desarrollaron en los días de las vacas gordas; las de Ross, en cambio, con las cajas semivacias.

La quinta vía radicó en una política cambiaria que apoyase las exportaciones, como se ha señalado. Aquí hay que referirse a otra dimensión de la misma. Usó además de los instrumentos heredados de la Depresión y de la República Socialista, la estrecha vigilancia de la disponibilidad de divisas. Esto incluyó mantener e incluso aumentar el proteccionismo. Así se explica la expansión industrial que engaña un poco acerca de los índices del período; esto es muy patente en el caso de la industria textil. Hubo otras formas de incentivar la exportación por medio de promover la producción aurífera, con lo cual la Comisión de Cambios Internacionales entregaba divisas, con las cuales a su vez se autorizaban importaciones y algunas remesas al exterior; el oro todavía era un medio de pago internacional respetable. Como se ve en el Capítulo II, la idea del "nacionalismo económico" aparecía como la máxima legitimidad. La política de sustitución de importaciones *avant la lettre* entraba en contradicciones con otros puntos de vista del Ministro, y en la campaña de 1938 manifiesta la voluntad de ponerle límites. Pero el espejo chileno no era EE.UU., el país menos proteccionista de los principales socios comerciales, aunque hasta ca. 1937 no lo traducía en liderazgo económico mundial. Ese espejo estaba constituido por Europa, en donde un "managed trade" también *avant la lettre* era el grito del día. Por otra parte, una idea original del Ministro, como la COVENSA (Cap. V), mostraba sus ideas de economía política, que iban a una suerte de asociación informal pero efectiva entre Estado y empresarios.

La sexta vía vino por añadidura, el alza de las materias primas. En muchos relatos económicos de estos años se explica la recuperación por esta vía¹⁸. Pero que el alza no se diluyó se debe a que se integra a una política económica coherente que hizo recuperarse al país de una manera relativamente equilibrada. Sobre todo, como lo probó la recesión de 1937/38 en EE.UU. como se ha dicho, el país estaba mejor adaptado para recibir los impactos económicos externos de lo que lo había estado en 1930/31.

La política económica, aquí sumariamente descrita, no constituyó un bloque que se impuso y que se dejó funcionar automáticamente. No existe este tipo de política. Los críticos de Ross lo acusaban de carecer de un "plan", el alibi de la época; que era un mero "arbitrista", puramente pragmático. Confunden la explicación de una política con su ejecución. Como se verá para el caso de algunas negociaciones internacionales en otras partes del libro, la conducción económica era un proceso sometido a una multitud de presiones contradictorias; la caída relativa de la actividad económica en 1938 fue consecuencia de la recesión norteamericana, y así las condiciones mundiales imponían un marco. Sólo que después de Ross la idea de encapsular al país de esos vaivenes lo sometió a otros límites, a largo plazo más dañinos. Las cifras nos pueden parecer poco impresionantes si es que no se mira el origen, la Depresión; y las alternativas, una ingobernabilidad que haría pagar un alto precio económico a la sociedad, para no hablar de otros costos. Es evidente que el país en 1938 estaba ante una encrucijada, aún sin Ross como candidato: ¿o profundizar el "nacionalismo económico", que era sostenido por los más diversos sectores, o profundizar las potencialidades (y muchos actos) que estaban en la economía política de Ross?

La recuperación económica plantea otro problema, que estará presente hasta este fin de siglo, el del papel del Estado en la actividad económica (y social). Es indudable que la política de Ross no es producto de un liberalismo económico "puro", especie que nunca ha existido. Pero tampoco se la puede tipificar como lo contrario —esquema que era y es popular—, es decir, como "estatismo". Era producto de una orientación al modelo "clásico" de economía, pero dentro de un país donde la sociedad civil económica era débil, porque el "capitalismo" (o economía de mercado) había sido débil en Chile¹⁹. Más fundamentalmente, la sociedad civil genérica, al ser débil, requiere de un activismo público, pero no necesariamente se le puede identificar con acaparamiento de funciones por parte de una burocracia. Aquí se encuentra otro problema: en los países en los cuales nace (o se "inventa") la economía de mercado y la sociedad industrial, el individuo, la persona, es fuerte. La igualdad se da entre personas que tienen como horizonte de exigencias deberes y derechos relativamente análogos. En la civilización iberoamericana las cosas son diferentes, ya que se escapa el espacio público, que no es ni Estado ni sociedad civil, sino que un lugar de encuentro. Por otro lado hay



Archivo Fotográfico Museo Histórico Nacional

Arturo Alessandri y un pelusita
Estos dos Chile no eran extremos. Representaban una división real, magnificada por la Depresión.

que escapar de toda fatalidad culturalista. Lo que se puede decir es que los presupuestos culturales son más débiles para provocar el encadenamiento de voluntades, actos y respuestas específicos que requiere la economía de mercado. Algo de esto, pero poco, ingresó al debate político, como se verá más adelante.

En todo caso el estilo de conducción económica del Ministro de Hacienda en el Chile de estos años tuvo algunos rasgos particularísimos. No se trata ni de un mero técnico, ni de un empresario representante de un grupo de interés; tampoco era un político que mediara entre intereses corporativos. Venía de la actividad económica privada, pero con una clara visión de la relación Estado-empresa privada y sociedad. Esto chocaba con muchas concepciones reinantes, aunque cumplía con las finalidades de la cultura política: crear los medios para el desarrollo económico y social. La estrategia

consistió en movilizar el espíritu empresarial latente por medio de un liderazgo que no creara desconfianzas en cuanto a sus intenciones, pero que a la vez no fuera prisionero de las redes de la época. Por ello también se convirtió rápidamente en líder político, aunque no podía ni sabía explicar sus objetivos ante el público (Cap. IV). Por añadidura, su desempeño se realizaba bajo el liderazgo de la figura política más importante del Chile de la primera mitad del siglo XX, y a pesar de algunas conmociones, dentro de un panorama de institucionalización democrática. Se trata de un estilo que no tiene antecedentes en la historia de Chile, no sería imitado después, ni siquiera en las décadas de 1970 y 1980.

Política, institucionalización y orden público

El legado más importante del segundo gobierno de Alessandri fue la institucionalización democrática, aunque ésta fue posible desde luego por la manera creativa y ordenada con que Ross ordenó las finanzas. A ojos posteriores podrá parecer una obviedad, pero en 1932 no era nada de seguro que el obrero y empleado fiscal recibirían su sueldo a fines de mes. La acción del Gobierno hizo que volviera a sentirse como rutina. Pero lo que más llama la atención al mirar esos años desde el punto de vista político, es la sensación de vulnerabilidad institucional con que muchos juzgaban su presente. En este sentido para comprender la política del período 1932-1938 se debe tener en cuenta una serie de circunstancias que le son propias y que concluirían con el desenlace de 1938.

En primer lugar, como se decía, las demandas sociales estallaron junto con la normalización. Eran comprensibles, así como también era comprensible la férrea mano del Ministro de Hacienda en mantener las concesiones en un límite infranqueable. El León con su arte de prestidigitación política lo apoyaba por detrás. Pero esto llevó a que los demandantes recurrieran repetidamente a la huelga, y con ello, aunque en este plano no se repitieron las sangrientas escenas de las primeras décadas, hubiera una sensación de que 1924 se podía repetir a partir de una huelga que arrastrara a otros sectores. De ahí el uso constante por parte de La Moneda de recursos constitucionales de excepción, que por su parte sirvieron de catalizador a los opositores, bajo el rótulo de que se preparaba una "dictadura", o que Ross la encarnaba en potencia (para la campaña de 1938).

También La Moneda estaba bajo una sensación excesiva aunque no injustificada de estar siendo acechada por conspiradores. Tras esto se escondía el temor a un cuartelazo, ya sea promovido por Ibáñez, o por un discípulo de la República Socialista, o sencillamente por un oficial ambicioso. En los inicios de la administración el Presidente dio un mazazo al ejército: se niega

a revistar las tropas el día de la asunción del mando, y le pide la renuncia a todos los generales de división; poco después le pide la renuncia al Comandante en Jefe, Arturo Vignola, el que, aunque de la confianza del León, éste lo consideró débil. Ello le permite promover a Oscar Novoa, que fue el que lo acompañó por la mayor parte del gobierno. Pero además en los treinta en todas las tiendas políticas no faltaban en Chile los hombres con experiencia conspirativa. Ciertamente que el Gobierno tuvo una política en general acertada hacia el ejército —la rama que para el caso contaba—. Redujo su campo de acción pero dentro de la estrechez le proporcionó medios, y supo aprovechar el cansancio con la política que allí se anidó²⁰. De hecho, a pesar de algunos incidentes, las Fuerzas Armadas se entregaron a una doctrina que los encapsulaba de la vida política; resistieron todos los cantos de sirena (internos y externos a las instituciones) hasta que fueron convocadas y autoconvocadas por la crisis nacional de 1972/73. Pero posibilidad de un golpe militar existía, como se vio en febrero de 1936, y esto hacía sensible al Gobierno y no poco exagerado ante el temor de otro 1924²¹. Una precaución ante este hecho fue la creación de la Milicia Republicana, que reunía en sí un celo "civilista", de protección del Gobierno ante la amenaza militar; pero también tenía un sesgo antirrevolucionario, que lo acercaba a una "guardia blanca", lo que la hacía gozar de algunas simpatías en el propio ejército (cuyos jefes temían a oficiales socialistas) y, sobre todo en Carabineros²². Esto explica por qué no fue disuelta hasta 1935, cuando realmente provocó desconfianza entre los uniformados, además de que los opositores sacaban en cara su dudosa legalidad. Sobre el valor militar de la Milicia hay que ser escéptico, pero actuaba por presencia. En todo caso, reflejaba la decisión presidencial de terminar el período y de aventar todo quiebre institucional. Aquí están las semillas del Seguro Obrero.

Existe un fenómeno de cultura política que tiene importancia de primer orden, aunque no es el tema de este libro. En estos años aparece en la escena política un factor de larga duración en este ámbito, la izquierda radicalizada, marxista y semimarxista. Sus raíces y cierta presencia databan de mucho antes, pero desde 1931/32 tienen significativa participación electoral y además se constituyen en subcultura política, es decir, no sólo se trata de un comportamiento general, sino que de un modo de ser; una *Weltanschauung* en un amplio sentido, que influirá a vastas capas de la población²³ (también Cuadro II). Los comunistas serán una copia fiel de la adhesión a Moscú de la Tercera Internacional, y terminarían por crear un Estado dentro del Estado, sabiendo crear una comunidad capaz de extraer una abnegación insospechada a sus seguidores. Pero su influencia general sería cambiante, más bien menor en estos años; con todo, serían un catalizador del Frente Popular²⁴.

Los socialistas todavía no ostentarían su ideología radicalizada, con paradigmas totalitarios, de décadas después. Sin embargo, tenían sus propias

milicias; y no faltaban recursos a la violencia callejera. Sobre todo, la presencia de estas fuerzas supuso una carga para el sistema tradicional de partidos e ideas. El horizonte paradigmático —hacia dónde debe dirigirse el país?— ya no estaba contenido exclusivamente dentro del "modelo occidental", sino que se aproximaba a sistemas nacionalistas de nuevo cuño (anticipando el "tercermundismo" de la segunda posguerra), o lisa y llanamente a los sistemas totalitarios. A pesar de su antimarxismo, en estas nuevas formaciones, aunque en este caso fugaz, habría que poner a los "nacis" criollos (con "c", en lo que insistían para diferenciarse de los alemanes, "nazis"), un tipo de movimiento fascista y como tal producto de la política mundial de esos años, pero que con el correr de los años, sobre todo en 1936/38, definió a su enemigo principal como el binomio de Alessandri y Ross; aquí hay otro antecedente del Seguro Obrero²⁵. De esta manera un acuerdo acerca de políticas necesarias para el país se volvía difícil, por no decir imposible, ya que el centro de gravedad se alejaba de lo que podría llamarse un consenso acerca del orden social.

Lo anterior hace comprender que las medidas de orden público dispuestas por el Gobierno tuvieron un marcado carácter policial. Se descansó para ello en el cuerpo de Carabineros, fundado como policía uniformada exclusiva por Ibáñez, pero considerada por Alessandri más leal que el Ejército. También, y esto suena increíble, la policía civil, Investigaciones, tuvo más presencia e influencia en estos años que durante el Chile de la "tiranía", es decir, del gobierno de Ibáñez (1927-1931).²⁶ Esto no se vio solamente en las continuas declaraciones de "zona de emergencia". Hubo más de una acusación por violencia con muerte en los cuarteles; se empasteló el diario *La Opinión*, se persiguió a *La Hora*, se confiscó una (después) célebre edición de *Topaze*, sacó (merecidamente en algunos casos) a varios diputados con carabineros de una sesión solemne del Congreso y recurrió al extrañamiento interno. Antes de la era de los carros lanza-aguas y del gas lacrimógeno, no había recurso intermedio entre el garrote y la bala, lo que hacía que la aparición de la sangre no fuera rara en incidentes menores. Tuvo dos momentos particularmente trágicos y difíciles de explicar, Ránquil en junio de 1934 y el célebre Seguro Obrero el 5 de septiembre de 1938. El primero se produjo como consecuencia de un alzamiento entre étnico y social en el Alto Bío-Bío, donde los alzados asesinaron de manera espeluznante a varios propietarios, capataces y carabineros. La respuesta fue una matanza de los revoltosos, con *vendetta* incluida, de número incierto pero que llegaría por lo menos a un centenar. Se trata de un episodio poco estudiado, sobre el que se volverá más adelante. Los hechos parecen haberse desarrollado lejos del alcance real y quizás del conocimiento de las autoridades de Santiago. Reflejaban más bien el ambiente embrutecido de la vida en la región, a lo que se le agregó la agitación sistemática de una célula al parecer comunista, aunque se deberá

Claro está que en la era de las guerras mundiales y de la Guerra Fría esto tenía que tener consecuencias conflictivas para la política interna. Y uno se puede echar arena a los ojos y no ver que el fin de la Guerra Fría (y los cambios intelectuales que lo precedieron) fue una precondition para la paz política que le siguió, aunque también ocasione una sensación de futilidad hacia lo público. Pero, en resumidas cuentas, los grandes dilemas universales tuvieron una presencia e influencia palpable en el desarrollo de los acontecimientos en Chile. Este país tenía y tiene dificultades para una incorporación a la categoría de "moderno", pero ha estado en plena sintonía con las tendencias universales, no solamente por la planetarización de nuestra era, sino porque vino a la existencia como producto de una expansión de una de las versiones de Europa, la ibérica.

Pero si había parecidos con la Guerra Civil Española (1936-1939), también existían las diferencias: El país, gracias a la dirección de Ross, funcionaba económicamente, y tal como en 1990, ningún sucesor podía darse el lujo de trastocar el orden sin recibir un drástico castigo político. Sobre todo, a pesar de un ambiente relativamente tenso como se ha dicho, Alessandri había logrado lo que era uno de sus objetivos más deseados, estabilizar un orden institucional, que dejaría después, de todo asociado su nombre con la Constitución de 1925 y con el marco de una democracia que, en una comparación histórica tiene puntos a su favor. Este cimiento ponía también un límite a todo intento de lanzar una revolución desde el poder. Por último, pero no menos importante que lo anterior, el Frente Popular chileno difería en un aspecto esencial de su contraparte española: de lo que los comunistas se imaginaban que debía ser. Su centro gravitante era el Partido Radical que hasta 1937 había estado vinculado de algún modo con el Gobierno, y del que el León (momentáneamente) se distanció no sin dolor. Más fundamentalmente, el estado de ánimo del partido no era revolucionario, no en este siglo. Su prosperidad electoral y su logro de hasta cierto punto representar al "chileno medio" —entelequia y realidad— estaba relacionado con una función de centro político²⁹. La composición de sus militantes y dirigentes, y la de su electorado, hasta donde se puede intuir, no tenía ánimo revolucionario. Fue la presencia de Ross y su política lo que los separó del Gobierno en un largo proceso entre 1934 y 1937, o al menos así se ha afirmado después. Los dos precandidatos radicales, Pedro Aguirre Cerda y Juan Antonio Ríos, dos futuros Presidentes, habían tenido una trayectoria alejada de la izquierda, y no sólo Ríos lo reafirmaría después desde La Moneda.

Es cierto que Ross no tenía un estilo que pudiera avenirse con el Partido Radical, pero no debe olvidarse que su programa y él mismo lograron muchas veces contar con el apoyo radical, como se ve en el curso del libro. Con todo, es difícil explicar toda la situación aludiendo sólo al factor personal, por importante que éste sea. La estabilización política y económica se asentó

en Chile por medio de una coalición de derecha, cerrando filas en torno a un caudillo, Alessandri, que ya no provocaba en ella los antagonismos de antes. En el fondo se había clausurado la antigua escisión derecha-izquierda (Unión Nacional vs. Alianza Liberal), y había sido reemplazada por una nueva, la que correspondía no sólo a otro entorno económico y social, sino que a un clima ideológico nuevo. Los radicales, un tipo de política del sistema, proporcionó el núcleo para un alianza con fuerzas que, estando en parte contra el sistema, eran todavía débiles para inclinar el peso de la balanza dentro de su coalición, el Frente Popular. A ello se suma el marco económico e institucional y tenemos el círculo cerrado para explicar la carencia de un presupuesto revolucionario como en la España contemporánea, y se acerca más al modelo de Léon Blum en Francia. En todo caso es paradójico, y no carece de su faz cómica, que mientras los Frentes Populares se formaron de acuerdo a directivas del "Comintern" para luchar contra el "fascismo", incluyó Chile, en estas costas el Frente Popular triunfó en las elecciones gracias al apoyo decisivo del único movimiento de tipo fascista que había.

El gran giro: las elecciones de 1938

La imagen histórica que ha quedado en Chile destaca que lo único lógico que podía suceder era el triunfo del Frente Popular, la votación de Ross se debió en gran medida al cohecho. Una pregunta que puede quedar abierta es la de la posibilidad de perdurar del "Ross regime" (como se verá lo llamó un diplomático norteamericano), criatura insustituible del Ministro. Pero otra cosa es que a pesar de la debilidad intelectual de la derecha, en números (Cuadro II) todo indica que el triunfo de Ross y la continuidad de su fuerza de voluntad estaban dentro del reino de lo probable y de lo casi asegurado. Primero unas palabras acerca del panorama sociopolítico del Chile de los treinta.

La campaña de 1938 puede ser comparada con la de 1970 en la historia política de este siglo. El ensañamiento retórico no debe confundirnos con una pura mueca periodística. En parte la tragedia del Seguro Obrero fue respuesta a la sublevación de los espíritus en este año.³⁰ El grado de polarización, entendida como preparación psicológica para una confrontación, fue quizás mayor que en 1970. Esta última fecha la tenemos presente por las consecuencias que de allí sobrevivieron, mientras que 1938 fue seguido por una guerrilla política, pero muy lejos de un proceso revolucionario. Con todo, hasta 1970 el recuerdo de 1938 seguía vivo en la política chilena y en la imaginación colectiva, y era un argumento de uno y otro lado en el debate político.

De los casi cinco millones de chilenos de esos años, votaba alrededor del 10% de la población. Por lo demás, el cuerpo electoral empezaría a subir

CUADRO II
Elecciones Parlamentarias de 1937:
Cámara según partido

Partido	Elegidos	Porcentaje
Conservador	35	21,3
Liberal	35	20,8
Demócrata	7	4,9
Agrario	3	2,3
Socialista	19	11,2
Radical	29	18,7
Nacista	3	3,5
Democrático	5	4,5
Independientes	3	4
Acción Republicana	2	2,3
Comunista	6	4,2

Fuente: Germán Urzúa V., *Historia Política de Chile*, 1964, p. 101.

CUADRO III
Elecciones Presidenciales de 1938 en votos

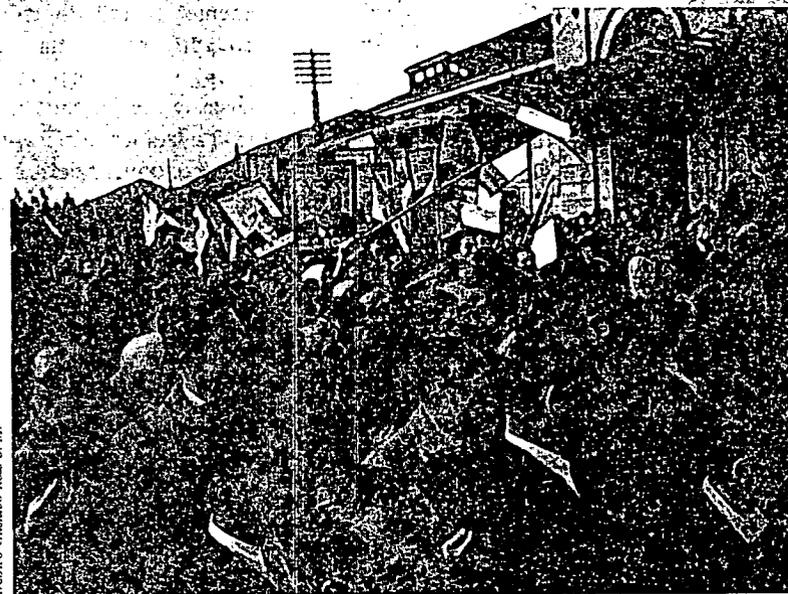
Candidato	Votos
Pedro Aguirre Cerda	222.720
Gustavo Ross Santa María	218.609
Carlos Ibáñez del Campo	112

Fuente: Germán Urzúa V., *op. cit.*³²

lentamente y sólo hacia fines de los cincuenta se da un verdadero salto cuantitativo, que quizás tuvo que ver con la polarización de fines de la década posterior. Las mujeres sólo votaban en las elecciones municipales y no obtendrían sus plenos derechos políticos hasta 1949. Los partidos tradicionales no sospechaban que ahí se encontraba una fuente con la cual equilibrar el desarrollo de las nuevas fuerzas. Como siempre en estos casos, la influencia de la mujer en asuntos públicos era poco visible, pero no por ello menos fuerte. El voto requería el alfabetismo, pero muchas veces una prueba

superficial era suficiente. Con alrededor de un 25% de analfabetos, según cifras oficiales³³, los excluidos del proceso aparecen demasiados, al menos mirado desde una perspectiva posterior. Esto ha llevado a algunos a dudar de que, por ejemplo, en 1920 haya habido un verdadero entusiasmo popular³⁴.

Pero una visión de este tipo olvida un aspecto cualitativo y que, aunque pocos depositaran efectivamente su voto, la participación emocional era considerable, lo que deja una huella mucho más profunda en el alma de un pueblo (sin tomar la palabra "alma" -*Volksgeist*- con la seriedad de los románticos alemanes). El ambiente político (la vida de los partidos, del Parlamento, el mundo del Gobierno) desde la década de 1930 hasta fines de los años ochenta era uno de los centros de interés nacionales, una de las pasiones de los chilenos. Ciertamente podía haber descontento con "los políticos"; entusiasmo y cinismo al respecto marchaban de la mano o alternándose. Aunque el rechazo a ese mundo ocasionara rebeliones electorales (como Ibáñez en 1952, en menor medida Jorge Alessandri en 1958 y 1970, y le daría su ayuda al Gobierno Militar después), predominó el vivo interés por la política, que era vista como un medio de transformación no sólo de la sociedad, sino que de la naturaleza humana, lo que estaba implícito en la confianza con la que se diseñaban los programas.



Archivo Gustavo Ross S. M.

Campaña

"La política" protagonizaba preocupaciones e incertidumbres en Chile. Cada elección originaba la expectativa de abismo o cimiento.

que, al revés de lo que se diría después, en principio estaba garantizada la gobernabilidad de una presunta administración Ross de haber ganado en votos el día 25 de octubre. Otra cosa es naturalmente si se hubieran acogido los reclamos del derrotado. La Moneda ayudó a Ross en la campaña, pero tuvo escrupulosa prescindencia el día 25 de octubre entregando los resultados finales esa noche, relativamente temprano, y después emitió vagas señales de que aceptaba con resignación el triunfo de Aguirre. Además el León, como lo repetiría incansablemente después, quería coronar su obra con una continuidad institucional a la sombra de la Constitución de 1925. Pero un gobierno de Ross estaba no sólo dentro de lo posible, sino que asimismo dentro de lo más probable, hasta la tarde del 5 de septiembre de 1938, momento en que la rebelión nació fue controlada obteniéndose primero la rendición de los atrincherados en la Universidad de Chile, y después la de quienes estaban en el edificio del Seguro Obrero.

Por supuesto que la razón inmediata de la derrota fue la decisión (o cadena de decisiones, fervores y enceguecimientos en la esquina donde se encuentran Morandé con Moneda) de ejecutar no ya a una tropa alzada, sino que a muchachos rendidos y que ahora no constituían amenaza. Su acción había sido extremadamente irresponsable y peligrosa, para no hablar del panorama nacional con un presunto triunfo de la rebelión! Pero la ejecución fue demasiado para las propias filas gobiernistas y la opinión pública, en la medida que existe, condenó el hecho haciendo que los indecisos y la gran mayoría de los partidarios de Ibáñez votaran por Pedro Aguirre.

Política y alta cultura

Pero existe otro elemento más mediato, pero quizás más decisivo, y de largo aliento. 1938 no es sólo una marca política de magnitud en la historia de Chile; es también el apelativo de la "generación de 1938" en las letras³⁵. Por extensión podemos decir también en toda la alta cultura. Son los años de la aparición de manera manifiesta del "intelectual comprometido" y de la convergencia de una sensibilidad política nueva, la marxista, la izquierda, y por otro lado de una parte considerable de la "República de las Letras". Son años de gran efervescencia intelectual, con Gabriela primero, después Huidobro, con Claudio Arrau ya como estrella internacional, para finalmente aparecer una nueva estrella en Neruda, que en esta década se eleva a un peldaño todavía más alto, ahora más perenne, con *Residencia en la Tierra*, para después derivar en un lenguaje provisto de una visión utópica (cambio total y final) de la realidad social. En esta década aparecen las dos novelas de María Luisa Bombal. Desde los años veinte en Chile se había recibido la influencia de las vanguardias y la cultura nacional, en los treinta mostraba un

caledoscopio que podía hacer olvidar las todavía altas tasas de analfabetismo y marginalidad cultural.

Esta riqueza no se agota desde luego en lo político, pero es éste el plano al que aquí se alude. Como en muchas partes esto tuvo como consecuencia que la formulación del lenguaje público pasó en gran medida a desprenderse en las décadas siguientes de la izquierda antes que de sectores más conservadores. Esto pondría el punto de fuga intelectual a la formulación del orden social en Chile y, además, entregaría la versión histórica de los acontecimientos de estos años que se alojaría en la memoria del chileno. Así se puede decir que de la historia de Chile de este siglo al menos hasta 1973, la versión que predomina en el país es de izquierda. (con todo el simplismo que significa usar esta denominación); mientras que el relato más conservador predomina al mirar la historia del siglo XIX, al menos hasta la Guerra del Pacífico. Se junta no sólo la instalación del marxismo en Chile, sino que un nacionalismo cultural —que convive con un intelecto cosmopolita— y la crítica al liberalismo reforzada por la Depresión y la crisis de la democracia en los años de entre las dos guerras mundiales. Claro que no debe exagerarse tampoco esta realidad.

Éstos son también los años en que las obras de Alberto Edwards y Encina capturan la imaginación histórica del chileno, y por un largo período. En la década siguiente Jaime Eyzaguirre apoyaría esta versión y un historiador y pensador entonces joven, Mario Góngora, sería una de las cabezas del pensamiento conservador en Chile, aunque no podía confundirse con la derecha. Es difícil pensar directamente en la política contingente cuando se observan intelectuales de la dimensión de Enrique Molina, fundador de la Universidad de Concepción, y que representa un ancla de la cultura chilena. Si desviamos la mirada de la dimensión socioeconómica, en términos de la alta cultura —algo que enfoques socialistas y liberales eluden por igual— Chile era sociedad exitosa en términos de exploración intelectual y estética, y aquí tenemos la otra cara de las palabras de Ernesto Barros Jarpa, a las que se alude en el Capítulo VII, de Chile como "país civilizado" que en nada tiene que envidiar a los grandes centros. Pero en casi todos sus representantes predomina un sesgo antiliberal, sobre todo en lo económico, que hace que 1938 aparezca al menos en este punto como algo inevitable. El "compromiso intelectual" no pasó sin críticas, como lo atestigua entonces el discurso inaugural del Rector de la Universidad de Chile, Juvenal Hernández, en quien algunos vieron un peligroso agitador, pero que advierte contra la politización de la universidad; también criticarían el "compromiso" Alone, Manuel Vega y nada menos que Manuel Rojas³⁶, además del singular Joaquín Edwards Bello, pero esto no alcanza a cambiar el panorama aquí insinuado.

En el Capítulo II se ve cómo esta "hegemonía" semántica adquiere un rostro preciso en el lenguaje de economía política internacional, incluso en

los grandes actores de la derecha (con excepciones como Ross, Rodríguez de la Sotta y Daniel Armanet). De este modo en 1938 se refuerza una tendencia poderosa que Ross, quizás sin percibir todas sus implicaciones, había intentado torcer no de acuerdo a un capricho, sino hacia otra dirección quizás inédita concretizada en su propia política, pero no remota del reino de lo posible. Sin embargo, como se ve en el Capítulo IV, ni él supo explicar claramente sus intenciones a un público amplio, ni existía entre sus partidarios un cuerpo de ideas coherentes que hubieran apoyado la voluntad de Ross. En resumen, la "batalla de las ideas" en la política chilena estaba para él perdida, quizás de antemano, y la mejor prueba de ello es que sus propios continuadores no se referían a sus acciones cuando esgrimían los argumentos de batalla. Es sólo después de la crisis nacional de los años setenta y después del fin de la Guerra Fría que puede ser repensada la historia de este período.

Hay algunas novelas que recogen el estado de ánimo de estos años, tres de ellas posteriores a los sucesos. Aunque la creación literaria como fuente de conocimiento puede ser relativamente independiente del creador, no se debe olvidar que los cuatro autores son críticos encarnizados de la "oligarquía", y tenían que mirar con ojos negros todo lo que emanara de una política de derecha. Alberto Romero, con *La Viuda del Conventillo*, nos habla de los sectores populares, la base de la pirámide social, en los momentos previos a la Depresión (ya que la novela fue publicada en 1930); el lector sólo puede ver desesperanza en un orden que se aviene a sostener indefinidamente ese estado de cosas. Reinaldo Lomboy, posteriormente, en *Ránquil*, revive el triste episodio del violento alzamiento del que ya se ha hablado. Algunos de sus parlamentos son útiles para entender el tipo de raciocinio político que embargaba a los actores, sobre todo en un momento en donde la política llegaba a las masas, con lo que las diferencias de clase aparentan adquirir un estatuto de combates de intereses contrapuestos³⁷, a ello se añade un capítulo que en nuestro fin de siglo ha sido puesto en primera plana, el del destino de los pueblos indígenas, o semiindígenas, para ser más exacto. El valor del parlamento es lo que confiere interés a la novela de Fernando Alegría, *Mañana los Guerreros*, que gira en torno a la campaña de 1938 y la tragedia del Seguro Obrero. Las conversaciones y los relatos reviven la atmósfera cargada de tensión y de esperanza con que la izquierda y parte del público nacional miraron al Frente Popular³⁸. Sin embargo, no me parece que el conjunto del relato, que logra a diferencia de Lomboy una credibilidad literaria, entregue una versión justa de los sucesos. En 1953 Carlos Droguett da versión definitiva como novela a sus crónicas policiales sobre la matanza del Seguro Obrero. En *Sesenta Muertos en la Escalera* entrega una versión, combinación de hiperrealismo espeluznante con costumbrismo, donde se intensifica el experimento literario.

El carácter de la Política del Buen Vecino

Finalmente, se vuelve al origen de donde arranca la idea del libro, esto es, comprender lo significativo de las relaciones entre Chile y Estados Unidos en los años treinta. Dos problemas deben ser abordados al aproximarse a este problema. Por una parte hay que entender —si es posible— la política de Roosevelt hacia América Latina en estos años, conocida genéricamente como "Política del Buen Vecino". En lo fundamental, el caso chileno, como es lógico, no era más que una pieza de un vasto tablero, y desde el punto de vista de Washington no se puede entender como una política *ad hoc*. Si se analizan sus relaciones con Chile, no sería más que fundamentalmente para tomarlo como un caso de estudio para entender al Buen Vecino. La pretensión de este libro es comprender a Washington desde este ángulo. Por otro lado, hay que entender que la asimetría en las relaciones (EE.UU. es mucho más importante para Chile que viceversa) —algo muy natural en la sociedad internacional y desde luego que no debe ser piedra de escándalo— tiene que crear una sensibilidad histórica particular en el país austral, como en cualquier otro del continente. La diferencia de intensidad que mantiene vivo el vínculo crea una distancia que no debe ser nunca olvidada, así como la comunidad de intereses y sensibilidad ante la civilización es una realidad viva escasamente confesada por los estudiosos. Con todo, en su conjunto, crea una sensación de "amistad esquivada" o, más dramática y exageradamente expresado, dos "imperios en conflicto"³⁹. Veamos primeramente los años de FDR.

Como todas las iniciativas norteamericanas de reformulación de sus políticas exteriores, el "Buen Vecino" estuvo rodeada de una insistente retórica de cambio fundamental y de superioridad moral. Como no podía ser de otro modo, la transformación no era revolucionaria, y su escala de valores no era excelsa; EE.UU. no podía tener su prioridad de intereses en el continente; aunque por momentos éste constituyera un objeto preferente en vista de una estrategia global. No existe ningún pecado en esta política, salvo para los críticos *per se* de la posición internacional de EE.UU., o de su sociedad. Pero a medida que esta política se desarrollaba mostró los rasgos de continuidad con un proceso que la antecedía, y con ello provocó una reacción crítica que ve en ella las "oportunidades perdidas" ("si no hubiera muerto Roosevelt"), o simplemente una careta hipócrita, un maquillaje para alinear al continente en un afán hegemónico. "Durante la vigencia de esa política, el imperialismo norteamericano no modificó en absoluto su comportamiento esencial con respecto a América Latina. Sólo se encubrió con maneras más suaves, con exterioridades tal vez más atractivas. Pero su naturaleza expansiva, absorbente, continuó idéntica... se vigorizó mucho más"⁴⁰. Esta la podríamos considerar la visión promedio de la perspectiva "antiimperialista", desde luego radicalizada, de gran raigambre en Chile y en el continente durante el siglo. De manera

a veces más matizada, ha dado su aire también a muchos intérpretes norteamericanos de las relaciones interamericanas.

Claro, ellos se fijan en los desagradables doble estándar que las vociferaciones moralistas implican, y analizan la historia como si hubiera alternativas viables y mejores al alcance de la mano. Ponen el acento en un aspecto desde luego importante, que el "Buen Vecino" constituía también una adaptación a cambios políticos y sociales tanto en el norte como en el sur. Por ello un autor que se aproxima al "antiimperialismo" lo compara con otro maquillaje, el New Deal, como forma de salvar al "Estado capitalista"⁴¹. Esta opinión refleja un hecho de perogrullo, que la Gran Depresión no afectó revolucionariamente al sistema político norteamericano, y por lo mismo su política exterior no podía ir más allá de lo que su cultura, sus tradiciones y la idea del momento le ordenaban. Desde fines de los años veinte Washington busca caminos para superar el pantano que habían producido sus intervenciones militares, aunque hay que añadir que hasta los años cincuenta no hay una sensación de malestar muy pronunciada al respecto. Con Herbert Hoover (1929-1933) se manifestó una nueva cordialidad en las relaciones hemisféricas. En un gesto inusual como Presidente electo visitó varios países latinoamericanos, entre ellos Chile. En 1931 el Departamento de Estado renuncia al "Círculo Roosevelt" (de Teddy) de comienzos de siglo, según el cual Washington se arrogaba en cierta manera *de iure* el derecho a la intervención unilateral en el continente. Sin embargo, nadie disputa a Franklin Delano Roosevelt (1933-1945) el haber dedicado una atención especial a la región, y ha quedado en la memoria colectiva como el Presidente norteamericano más popular en América Latina (lugar que por unos años fue disputado por John F. Kennedy). La política exterior de Roosevelt ha estado sometida a una nube ambigua de alabanzas y escepticismo, desde los mismos años treinta. Muchas de sus intenciones aparecen inescrutables, y no faltan quienes lo acusan de simple oportunismo. Su papel en Yalta ha proyectado una mancha sobre su recuerdo, aunque una mirada más acuciosa debería modificar en parte esta impresión para el gran público. El gran maestro de la política interna (sobre la cual tenía estrategia?), en donde si no siempre logra un éxito convincente, inspiró a un país traumatado por sus miserias en medio de un desarrollo material apabullante. Pero no siempre podía revelar sus ideas, y pareció haber conservado mucho de su técnica de máscara en su aproximación hacia el mundo. Con todo, es posible presumir que intentó buscar acuerdos y consensos con los que construir un orden mundial, bastante más civilizado y acorde con las exigencias morales de la civilización moderna que el que podían ofrecer las potencias concurrentes. En cierta manera tuvo éxito.

Si se ve el contexto temporal más amplio, de los años veinte y treinta, aparece claro cómo se desarrolla una suerte de "coopción" semiespontánea

entre la cultura política norteamericana y la de los respectivos vecinos del sur. Los norteamericanos, incluyendo al Departamento de Estado, desde la Era Progresista (T. Roosevelt), más seguro desde el discurso de Mobile, Alabama, de Woodrow Wilson en 1913 por señalar un hito, aspiran a un orden interamericano asumido (algunos dirían, internalizado) por los vecinos del sur. Esto sería parte de un "reformismo liberal" que ve en la transformación de las sociedades latinoamericanas un interés de EE.UU. al que no se le puede definir únicamente como de "política exterior". El interés general de la sociedad norteamericana tendría una baza en este asunto. En la década de 1930 (Cap. VIII) esto es asumido por el reformismo liberal de nuevo cuño; una primera fase de los *radicals*, que simpatizan con los "pueblos" contra las "oligarquías", o a veces como forma de criticar a la propia sociedad norteamericana. La Depresión y su clima político ayudaron considerablemente en este sentido, pero en una versión menos radicalizada sobreviviría en los formuladores de la política exterior hacia América Latina hasta los años de la Guerra Fría inclusive; la Alianza para el Progreso es uno de sus frutos. Otra cosa es que el objeto de los desvelos se deje "reformar" tan fácilmente. Por otro lado, éstos son los años del aislacionismo norteamericano. El carácter de éste ha sido muy discutido. Los críticos *per se* de EE.UU. aluden no sin su parte de razón que ello no ha impedido ni entonces impidió a Washington intervenir en los asuntos mundiales. Pero olvidan que aislacionismo en la historia norteamericana no significa no intervención, sino que una suerte de nacionalismo que define al interés nacional como ajeno a un papel global (hasta 1945 = europeo). A la vez el aislacionismo identifica seguridad nacional con el "hemisferio occidental", es decir, la Doctrina Monroe, que extiende a todo el continente las fronteras de la seguridad norteamericana. Mientras la Depresión destacaba la aporía económica de esta postura, la "guerra civil europea" hacía cada día más frágil y peligrosa la actitud distante de Washington hacia el orden internacional.

Estas consideraciones pueden arrojar un poco de luz a la política —impenetrable en todas sus dimensiones— de esa mente compleja que fue F. D. Roosevelt. Llega al poder en la cresta de la ola de cambio hacia América Latina; de hecho, la expresión "buen vecino" había sido usada por diversos funcionarios de la Administración Hoover. FDR, genio de la política, la convierte en los primeros años de su larga administración en una formidable empresa de relaciones públicas, lo que el caso chileno resume bastante bien (Cap. II). Después, cuando efectúa un giro político en 1937/38, y tiene al mismo tiempo más problemas con el nacionalismo latinoamericano (sufre expropiaciones en México y Bolivia), le va dando un contenido estratégico que sirve de reingreso de Washington al liderazgo global culminando con el triunfo en 1945. El carácter de toda esta política ha sido enormemente debatido, y esto parece que no terminará nunca⁴². Frente a la idea de una

estrategia genial son tantas las contradicciones, que se dice también que FDR era un puro pragmático, claro que a la cabeza de la primera potencia mundial; tenía forzosamente que ganar la guerra.

Este libro se afirma sobre el supuesto de que EE.UU. en estos años, en no poca medida gracias a Roosevelt, va desarrollando una política mundial que alcanzará su verdadera dimensión durante la guerra y después. El Buen Vecino pasará de esta manera de ser una campaña de "public relations" a constituir uno de los pilares del nuevo globalismo. Pero ello no podía lograr, ni era la intención de Washington ni estaba siquiera en el interés de los países latinoamericanos, que América Latina pasara a convertirse en atención preferente de EE.UU. Los países al sur de Río Grande debían adaptarse como mejor pudieran a una época en que el derecho internacional no era el "paradigma" y, en cambio, relucían los puñales. Dentro de la constelación planetaria del conflicto, la suerte de América Latina, si bien no aparece como parte de una tierra prometida tal como se leía en tanto discurso huero de la época, no fue particularmente calamitosa. Es más que probable que la gran mayoría de la población de entonces haya aplaudido sin reservas el triunfo de los aliados en la guerra, y con ello la ordenación interamericana tal como se orquestó en los años del Buen Vecino. También se habrían visto favorecidos los intereses de estas sociedades con el triunfo de las potencias totalitarias; ya sea de persuasión fascista o marxista. Esto es asimismo válido para los años de la Guerra Fría. Pero en los años treinta esta parte política del Buen Vecino, la creación de un entendimiento acerca del orden mundial entre Washington y América Latina, todavía no cristalizaba. Tampoco lo hacía otro componente esencial de las ideas de Roosevelt, Hull, Welles y los otros líderes norteamericanos: la creación de un orden económico internacional. Ellos, con gran simplismo, culpaban a la Depresión como la causante de la guerra; al menos lo hacían en el lenguaje público. Como sea, advertían con mucha lógica que a pesar de su propio nacionalismo económico de 1933 (Cap. II), sólo un liderazgo económico mundial de EE.UU. podía crear un seguro contra una nueva catástrofe. Esto fue parte de las políticas que alumbraron a Bretton Woods, y después al Plan Marshall. Pero en los treinta esta política todavía andaba a tientas en lo que a posibilidad de interacción se refiere, y para un país como Chile no podía ser fácil moverse dentro de lo que se presentaba como un cuadrilátero de la "struggle for life".

Es aquí donde parece limitarse el espacio y el tiempo que definen el marco más amplio de las relaciones chileno-norteamericanas. Desde un punto de vista político, hasta la Primera Guerra Mundial no habían sido fáciles, aunque no emergía el "antiimperialismo" de una manera marcada. Después las cosas se invierten. La Moneda se aviene a aceptar el sistema panamericano (antecesor del sistema interamericano que emerge a partir del Buen Vecino),

pero surge un nacionalismo antinorteamericano que define parte de la vida política chilena, y que no siempre se sitúa exclusivamente en los círculos revolucionarios. Tras una convergencia que prometía un futuro esplendoroso en la segunda mitad de los veinte, la Depresión pone un gran signo de interrogación en los años treinta.

Chile tuvo que experimentar sus convulsiones y recuperarse sin que existiera un marco de referencia internacional. Quien quiera explicar la historia de países como éste fundamentalmente a partir de las reacciones o acciones frente al "imperialismo" o la "hegemonía", tendrá un momento difícil para entender esta década. El país austral era parte de un ambiente político mundial y de una economía global, pero no había desde luego una institucionalidad económica parecida al mundo de Bretton Woods, ni potencias que percibieran que su interés manifiesto era extender un brazo generoso a Santiago. Por cierto, quien crea que los males de países como Chile se deban a la relación "estructural" con el "imperialismo", tienen que rechazar una interpretación como ésta. Pero a pesar del nacionalismo económico que avanzaba, todavía en los treinta los principales actores políticos en Chile —si personalizamos Alessandri, Ross y Aguirre— sostenían que sólo un esfuerzo de reforma interna podía hacer avanzar al país a un "escalón" de país "desarrollado" o de país "civilizado" de acuerdo a las normas de una época, como es mejor calificarlo. Todavía sin esgrimir a 1989 como argumento, entonces ya en los años de la Guerra Fría no faltaban argumentos para defender una política como ésta.

Pero a la vez en los años treinta se armaban las primeras piezas del rompecabezas que alumbró en Bretton Woods y el orden de la segunda posguerra, que permitió en algunas zonas del globo dar un salto cualitativo en el reino de la materia y del bienestar social como nunca antes se había visto. Desde el fondo del pozo de la Depresión, Chile manejó su situación para reingresar al circuito de posibilidades y problemas que ofrece el orden mundial. El camino que se seguiría a partir de 1938 sería aquel que era más probable teniendo en cuenta la cultura política nacional, que indicaba el nacionalismo económico en sus diversos matices. Pero antes se pusieron las bases para esa recuperación, y en una estrategia que no estuvo bien explicada pero que se presenta clara y distinta a los ojos del historiador, se preparó al país para aprovechar la dinámica del mundo de Bretton Woods.

Los norteamericanos, todavía ricos en contradicciones debido a sus propios problemas internos, diseñaban un marco, pero no podían darle un curso de acción y de esa manera tenían que chocar con la política del Ministro Ross (Cap. II, V, VI). Este, por su parte, no podía establecer una estrategia de cooperación con EE.UU., ya que el propio Washington no había terminado de desarrollar una voluntad política que colocara un marco de acción para las relaciones económicas bilaterales. Más de medio siglo después eso no

está claro todavía, menos podía estarlo entonces. Pero sí Ross podía desarrollar su estrategia original, que a un mediano plazo era coherente con las posibilidades diseñadas por Washington, salvo, hay que repetir, que el vínculo que ofrece la economía moderna sea considerado como esencialmente maligno. Pero si se piensa que, no sin problemas, ofrece un camino necesario para el orden social, éste era el mejor ejercicio para vincularse al mundo económico más promisorio que a fines de los treinta se divisaba tras las tinieblas de la próxima guerra.

Capítulo II

Las Relaciones como la Economía Política de la Crisis

En los días del "Buen Vecino", lo fundamental de las relaciones entre Chile y los Estados Unidos estuvo, sin embargo, caracterizado por regular, las quebrantadas relaciones económicas. Esto era importante para Washington como una de las respuestas globales probables a la Depresión; con Chile era la respuesta a la Depresión como necesidad de supervivencia. Era inevitable que las dos estrategias, aun teniendo una fuente potencial de convergencia, chocaran en los años treinta, ya que les subyacía una interpretación de economía política internacional muy contradictoria, aunque no necesariamente condenada a la hostilidad perpetua. Esto es lo interesante en la estrategia chilena, pero no siempre comprendido por Washington.

El Buen Vecino: un marco de referencia conceptual

Repensar el sentido de la política norteamericana hacia Chile en la década de 1930 no significa que lo que se ha llamado comúnmente "Buen Vecino" careciera de significación para la relación entre ambos Estados en estos años. Desde luego colocaba un marco retórico que limitaba las acciones de Washington —como veremos, enfurecido por lo que miraba como falta de seriedad económica del país austral—, como era una fuente de apelación para Santiago¹. De hecho, Roosevelt sería profundamente admirado en Chile —y en América Latina— no tanto en referencia a la Política del Buen Vecino, sino como reformador social y como personificación del abandono del "imperialismo". Su reelección en 1936 es saludada como "la más espléndida de las victorias obtenidas por la democracia universal"², pues el presidente norteamericano ha sido el "gran enemigo de la plutocracia, del capitalismo y

del imperialismo internacional³, y su programa del New Deal es ejemplo de reforma en democracia⁴ y de superación del liberalismo de viejo cuño⁵. Quizás existen pocos ejemplos más reveladores acerca del derrumbe de una política económica liberal en Chile —y así lo sería en las siguientes cuatro décadas— que este paradigma del New Deal como ejemplo del fin del “modelo clásico” para la conciencia de la clase política chilena⁶. La perspectiva “antiimperialista” que se instala en la cultura política chilena de manera integral en los años 1930 no sería inmune a esta admiración por Roosevelt, a la que éste integraba hasta cierto punto en su política hacia el continente⁷.

Pero, aunque el New Deal servía de arma de crítica contra la administración de Arturo Alessandri, desde la derecha no se escatimaban expresiones aprobatorias hacia la Casa Blanca. Un observador afirmaba que la “doctrina de intervención ha sido aplicada en ocasiones con mano algo ruda. En cambio el actual Presidente Roosevelt con su interpretación de la política del ‘Buen Vecino’ ha sabido captarse la confianza de todas las repúblicas de América Latina⁸. Posición más cauta, pero que refleja una imagen conflictiva del pasado, que convivía en todo caso con la retórica de la “Gran República del Norte”. Con todo, las expresiones favorables al Buen Vecino parecen ser parte del arsenal de los años de la guerra, mientras que hasta fines de los años treinta los Estados Unidos se presentan ante el público chileno bajo la figura de problemas específicos como el arreglo de las compañías salitreras (la COSACH; después la COVENSA); el pago de la deuda externa, los acuerdos acerca del pago de impuestos (el célebre convenio Ross-Calder) y, tímidamente, la “cuestión del cobre”, o sea, la propiedad norteamericana de una fuente sustancial de ingresos para el Estado chileno⁹. Recién a fines de 1937 la sátira de *Topaze* insinúa en una caricatura que Roosevelt y la Doctrina Monroe —no el Buen Vecino— podrían constituir una defensa ante el “fascismo”. Pero ya se ve emerger una atmósfera política diferente a la caracterizada por las relaciones bilaterales que aquí se intenta describir. En la década en cuestión, para Galvarino Gallardo Nieto, un observador asiduo de la escena interamericana, que defendió la neutralidad en la Primera Guerra Mundial y lo haría nuevamente en 1941/42, era sin embargo un rendido admirador de Roosevelt (también de Eden y de Blum) y de la democracia norteamericana como defensa frente al “absolutismo” que bajo “diferentes etiquetas” se apodera de Europa y ejerce una poderosa fascinación en América Latina. Para él la Política del Buen Vecino, “enunciada y prestigiada” por Roosevelt, es garantía sólo si se concretiza en “un sistema aduanero calculado para afianzar el libre desenvolvimiento de los recursos naturales de los países americanos¹⁰. Altos aranceles por parte de los “países ricos” y tarifas prohibitivas por parte de los países de menores recursos entraban el comercio internacional. Aunque estas palabras eran minoritarias en el lenguaje económico internacional de un chileno de la época en lo que se refiere una alusión positiva a un cierto

liberalismo económico, lo interesante es el acento económico posdepresivo que hace a este texto tan representativo de la interpretación austral de la Política del Buen Vecino.

La década de 1930 —y especialmente las turbulencias políticas de 1931/32— había hecho cristalizar a actores “antiimperialistas” en el sistema político chileno en la forma de una izquierda marxista o semimarxista representada por los partidos socialista y comunista¹¹. Para éstos una parte constitutiva de la explicación de los problemas de Chile radicaba en el “imperialismo”, esto es, el intervencionismo político de Washington y las inversiones económicas del “capitalismo” también norteamericano. No obstante —para este socialismo entre marxista y “estatista-reformista”— el New Deal se presentaba como “el intento más colosal para racionalizar la producción¹² y hasta cierto punto era mirado como un complemento de sus propias posiciones. Incluso el líder socialista chileno Marmaduke Grove comparaba la República Socialista de Chile (de breves días de duración en junio de 1932) con los programas “del gran presidente Roosevelt en Norteamérica¹³, y otro líder se refería a las posiciones “pacifistas” de Roosevelt en las relaciones internacionales, en explícita referencia a América Latina¹⁴. Con respecto a los comunistas su “antiimperialismo” no admite concesiones. Pero incluso en este caso, antes del Pacto Nazi-Soviético, existe alguna referencia positiva a la política del Presidente Roosevelt, del Nuevo Trato y de la política de Buena Vecindad¹⁵. También desde esta perspectiva “antiimperialista”, cuando en 1934 se advierte que es “premature que el Senado se apresure en aceptar las declaraciones del Presidente Roosevelt sin esperar que los hechos confirmen” su realidad¹⁶, se revela el impacto de la realidad de una nueva —o lo que aparece como tal— política norteamericana.

Pero sería erróneo creer que el “antiimperialismo” exprese solamente a lo que a partir de esos años se podría denominar la subcultura política marxista. Junto a la retórica de la “Gran República del Norte”, convive una permanente referencia hacia la desconfianza que debería precaver a los líderes australes frente a la expresiones de Roosevelt¹⁷. Por un lado existe la ritual palabra laudatoria cada 4 de julio, por su “progreso” y su “democracia¹⁸. Pero según esa misma voz, un articulista conservador, EE.UU. ejerce un imperialismo “del negocio, ... porque no tienen manifestaciones externas... (Pero Roosevelt) ha puesto coto al descaro con que se pisoteó la soberanía de los pueblos débiles de América a la sombra de la doctrina Monroe¹⁹. Si bien es cierto que existe una tradición conservadora (o “derechista”) en Chile que es extremadamente crítica de EE.UU. como civilización carente de alma²⁰, las reacciones de los sectores conservadores en Chile son más complejas que los argumentos esgrimidos por Fredrick B. Pike²¹. Para éste, es el rechazo que muestran los sectores conservadores hacia las tendencias democráticas e igualitarias de EE.UU. lo que ha provocado el antinorteamericanismo de la

derecha. Pero si se sale de un sector numéricamente pequeño aunque intelectualmente influyente de la derecha, se ve que sus reacciones admiten una variedad de apreciaciones. Esto está más en relación con la ambigüedad total que despierta EE.UU. en la mentalidad colectiva chilena, y dentro de la cual una retórica hostil está siempre en el horizonte de lo manipulable. En 1937, quien después sería un Canciller que adoptaría un curso fuertemente pronorteamericano en 1941/42, Juan Bautista Rossetti, culpaba a EE.UU. de dominación no sólo económica sino que también política ya desde los días de la independencia²².

Por otro lado, *El Mercurio*, que mantenía una relación ambigua frente a las nuevas tendencias en economía política, no dejaba de expresar a veces cierta incomodidad con el curso de las cosas. Pero también para este influyente medio: Roosevelt era un genio político y espíritu valeroso; señala en 1937 que lo más valioso en la política exterior norteamericana es "su alejamiento de las perturbaciones europeas y por su política de amistad, de buen vecindario, con los estados de la América Ibérica". Añade con distancia, pero sin el menor tono de reproche, que Roosevelt ha acelerado la intervención del Estado en la vida económica, y ello refleja el mayor peso que se da a los intereses colectivos en desmedro de las libertades individuales: "tan caras a los fundadores de la nacionalidad"²³. Estas líneas seguramente reflejan una conciencia acerca de lo inevitable de la evolución hacia un "estatismo"; nótese también que se ve la distancia que los sectores dirigentes (y casi todo el espectro político) sentían ante la idea de verse involucrados en los acontecimientos europeos, por la posibilidad de guerra que conllevaba (Cap. VIII): El que derecha e izquierda, por simplificar las cosas, hayan tenido entre su arsenal semántico los contenidos antinorteamericanos, no manifiesta más que uno de los rasgos de autoidentificación del Chile político del siglo XX. Con todo, lo que aquí se quiere destacar es que a pesar de la extrema relatividad de la Política del Buen Vecino en las relaciones bilaterales, ésta tenía una presencia en la percepción de la clase política chilena, y presumiblemente era un factor con el cual Washington debía contar.

Pero además el Gobierno chileno constantemente se encargaba de recordar su existencia —aunque sea retórica— a su contraparte nortea. En el Mensaje Presidencial de 1936 el Presidente Arturo Alessandri afirma que "hemos seguido atentamente su política de buen vecino con las naciones americanas..."²⁴. Cuando en octubre de 1933 el sucesor del ahora Canciller Miguel Cruchaga Tocornal en la Embajada en Washington, Manuel Trucco, presenta sus cartas credenciales a Roosevelt, su discurso tiene dos puntos centrales. Por una parte destaca el rol del mandatario norteamericano en la recuperación económica mundial. Por otro lado le asegura que los "propósitos de buena vecindad que animan a vuestra excelencia y en los cuales funda su política respecto de las naciones americanas... constituyen las mismas bases

de la gestión internacional de Chile"²⁵. Roosevelt responde asegurando su determinación de emprender "una política de buena vecindad y ayuda mutua hacia las demás naciones americanas"²⁶.

En términos puramente políticos, Washington tenía plena conciencia de estar tratando en Chile con una administración que en lo esencial era amistosa, y al menos el nombramiento del Embajador en Washington, Cruchaga, como nuevo Canciller y el del Subsecretario Germán Vergara Donoso, considerados "friendly" con EE.UU., es mirado con optimismo²⁷. Asimismo los funcionarios del Departamento de Estado sabían que tenían que corresponder a una imagen que en cierta manera consistía en una nueva política, "una política liberal hacia América Latina"²⁸, como también hacia las necesidades de política mundial, en este caso especialmente impedir la universalización del conflicto del Chaco: Sumner Welles, en 1935, decía que la Política del Buen Vecino "ha dado seguridades por primera vez a los pueblos de América Latina ante cualquier temor respecto a la expansión imperialista de EE.UU."²⁹.

El Departamento de Estado estaba así consciente de que tenía un marco nuevo que limitaba —pero también ampliaba— su radio de acción. Welles incluso le confiesa confidencialmente al Embajador de Chile que Roosevelt estaba profundamente molesto por la despreocupada labor del Embajador Hal Sevier en Chile, y que este país se merecía un "New Deal" diplomático después de "diecisiete años de mandarles agentes poco apropiados para el cargo"³⁰. Roosevelt mismo se daba tiempo para una política de "public relations" que acentuara lo que se podría llamar la "buena vecindad económica". Al recibir al banquero Pedro Torres, enviado especial de Chile a la Conferencia Económica Internacional de Londres de junio/julio de 1933, le "expone" latamente la necesidad de que ambos países mantengan una posición común (1), y al menos hacen una declaración conjunta. Roosevelt le asegura a Torres que hay que combatir "el excesivo nacionalismo actual, contrario a la política de 'buena vecindad' proclamada por su gobierno..."³¹, y que se ayudaría a Chile a reanudar el pago de su deuda. Estas palabras podrán sonar huecas por muchos motivos, entre otros por la conducta norteamericana en la Conferencia, aunque motivada por presiones internas que FDR consideraba insoslayables. Pero las palabras de buena crianza ayudaban a crear el marco semántico que no podía ser olvidado drásticamente por Washington sin pagar un precio considerable.

Al parecer Roosevelt emprendió aquí un curso de acción consciente, que vincularía a su gobierno a determinados parámetros de conducta. Cuando a mediados de 1933 la situación cubana era explosiva, y se esperaba una intervención armada de EE.UU., y se la promovía dentro de la política norteamericana, Sumner Welles se reúne con los jefes de misión de los países de la región para explicarles que la intervención no era deseada, y que sólo se la emplearía como último recurso. Para reafirmar esta deferencia, el propio

Roosevelt convoca a los embajadores (o jefes de misión según el caso) de Argentina, Brasil, México y Chile a una reunión para el 6 de septiembre de ese año. Por Chile, asistió el Encargado de Negocios Benjamín Cohen, diplomático de singular importancia en estos años en las relaciones bilaterales. FDR les reitera que EE.UU. no quiere intervenir a pesar de que la Enmienda Platt lo autoriza a hacerlo, que sólo envió algunos navíos de la marina como disuasión. Más interesante, añade que lo único que desea es ver establecido en Cuba un gobierno capaz de mantener orden, sin importar su orientación; que tiene que efectuar reformas avanzadas, como en el campo agrícola, donde hay que remediar los males ocasionados por el latifundismo norteamericano; los pequeños campesinos sacrificaron su seguridad personal por precios altos a sus tierras, y ahora han empeorado su situación. Se dice que algunos miembros de la Junta Revolucionaria de La Habana son comunistas, pero a él eso no le inquieta, mientras el régimen mantenga el orden y el respeto por la vida y los bienes. Que cambiará la política hacia América Latina de sus predecesores republicanos, y volverá a los fundamentos expuestos por el Presidente Wilson en Mobile, Alabama, de consultar a las demás naciones cuando surgieran situaciones de interés general. "No deseamos intervenir en Cuba. Es muy fácil desembarcar tropas, lo difícil es reembarcarlas".³²

Por una parte, en este pronunciamiento se encuentra la idea de que la política de Roosevelt informalmente se compromete a un código de conducta que no puede olvidarse sin pagar un precio adicional. Por otro lado, aquí se ve el despliegue inicial de un rasgo de la mirada que la cultura política norteamericana ha desplegado sobre América Latina a partir de la cuarta década de este siglo: el ansia por identificarse con causas "progresistas" que —en lo posible— también sean coherentes con la tradición de la "revolución" fundadora de EE.UU. Esta por cierto no es la actitud ni más fuerte ni más importante en la política de Washington, pero sus formuladores o han simpatizado con ella o han tenido que tomarla en cuenta en el momento de diseñar una política continental. Esto se vería con claridad en las décadas siguientes. Esta actitud todavía no tiene un peso en las relaciones entre Santiago y Washington, al menos no hasta 1938, y por ello los diplomáticos chilenos no la perciben, pero explica en parte la intuición de vastos sectores de la creciente izquierda chilena que adoptaron al New Deal como paradigma, según se ha visto antes.

Por el lado de los chilenos también parece haber existido la conciencia de la posible transitoriedad de la Política del Buen Vecino, lo que no les parece bien. En vísperas de la Conferencia de Lima un diplomático chileno le expresa a quien sería el jefe de la delegación chilena, Ernesto Barros Jarpa, que la amistad de EE.UU. con América Latina tiene dos caras, estratégica y comercial. "Pues bien, este es el momento y debemos aprovecharlo porque Roosevelt se irá y nadie sabe si después vendrá otro gobernante de ideas

opuestas, que trate de estrangularnos, en vez de darnos la mano amiga que ahora se nos tiende"³³.

De esta manera en las relaciones bilaterales —como en las interamericanas— existía algo como la llamada Política del Buen Vecino, que si bien en sus primeros años era fundamentalmente un foco retórico, en la formulación de los actores se convirtió asimismo en un marco conceptual al que se podía acudir en caso necesario. Para los chilenos este marco era mirado también como un horizonte para la totalidad de los temas de las relaciones. Nos parece ilustrativa la manera como el Embajador Manuel Trucco juzga la relación entre la Política del Buen Vecino y la disputa mexicano-norteamericana por la nacionalización de las explotaciones petroleras:

Como US lo sabe, desde que asumió el mando el Presidente Roosevelt, este Gobierno procede con suma cautela en toda cuestión que juzgue su deber de discutir con Gobiernos de América. La llamada política del 'buen vecino', hasta hoy bonradamente practicada y cimentada con hechos, obliga cada día más a esa medida, y constituye una fuerza que aleja a las actitudes violentas o intervencionistas, que desgraciadamente se registraron en épocas pasadas... Es opinión algo generalizada que la política conciliadora y moderada del 'buen vecino' ha precipitado en algunos países americanos ciertos reajustes de situaciones que podrían haberse dilatado por muchos años si existiera como antes el temor de una intervención vigorosa del Departamento de Estado. Se piensa ahora que algunos Gobiernos Americanos han creído más fácil intentar corregir abusos practicados tanto en consorcio por los capitalistas extranjeros como por anteriores mandatarios inescrupulosos, rectificar leoninas concesiones hechas a Compañías americanas o europeas por Gobernantes abusivamente complacientes; someter tales corporaciones al riguroso acatamiento de la ley y exigirles una más equitativa contribución a la economía nacional mediante el pago de mayores salarios y de impuestos apropiados... Se reconoce también que a veces tales hechos son grandemente explotados, con exageración, para balagar pasiones populares, persiguiéndose con ellos meros propósitos de política interna, en perjuicio de más altos intereses nacionales"³⁴.

Si el Embajador Trucco le afirma a Sumner Welles que para la mantención de la paz americana la Sociedad de las Naciones es una institución fundamental, ya que para Chile lo "cardinal (era) el fiel y leal cumplimiento que se diera a los compromisos", reiterando la divisa chilena de "respeto a los tratados", el norteamericano responde reveladoramente. Para éste debería haber una instancia de "arbitraje obligatorio" (exceptuando el Canal de Panamá. "por razones que saltan a la vista"), que para los asuntos puramente continentales el Senado de EE.UU. seguramente no pondría objeciones. Ello era el mejor método para que no se volviera a la política que "antaño se empleó en algunas ocasiones" y que sólo dejó "malas voluntades y algunas

desconfianzas³⁵. A Welles no le cabe duda que se mueve en un campo semántico que es perfectamente claro para su contertulio y que, por lo tanto, constituye un factor de las relaciones totales. Cuando Roosevelt es reelecto en 1936, el propio Welles le recomienda a Trucco que le escriba a FDR, y en su carta el chileno no deja de referirse a que esta circunstancia asegura "the continuance of the enlightened foreign policy of the 'Good Neighbor'"³⁶. Y la Cancillería en Santiago parece estar convencida de que esta política es algo exclusivo de Roosevelt, no compartida por los republicanos³⁷.

Entonces, teniendo en cuenta que los actores parecen negociar teniendo a la Política del Buen Vecino como marco conceptual, ¿por qué se podría dudar de que ella no fue un elemento central en las relaciones bilaterales en los años 1930? A la Política del Buen Vecino, más allá de las diversas apreciaciones, parece ser inherente una estrategia continental que se esfuerza por integrar las diversas dimensiones de las relaciones interamericanas. En el caso chileno ello sólo se produciría, dificultosamente, a partir de fines de la década y a comienzos de los años 1940, durante los prolegómenos de la participación continental en la guerra. Por añadidura, a comienzos de la década de 1940, con intensidad en 1942, Chile sería a los ojos norteamericanos un caso de "crisis" frente al cual no se reaccionaría de acuerdo al repertorio de respuestas para las circunstancias "normales". Por ello también es más difícil poder aquilatar el vigor de una política de largo aliento o de tendencias más permanentes. El cambio se hace dramático y aunque se supone que es a esta coyuntura única a donde se dirige la pregunta del historiador, también se esconde la permanencia que muchas veces yace bajo la superficie de un cambio espectacular pero aparente. De allí que este período de los años treinta, en que Chile representa un caso más —por difícil que haya sido— para EE.UU., constituye un campo de investigación adecuado para la comprensión de dimensiones estables de las relaciones entre ambos estados.

Chile, un caso de frustración

Hacia fines de la década de 1920 las relaciones estaban en un plano inmejorable. Desde un punto de vista político Chile había revertido en esa década una larga política de desconfianza, y se había sumado entusiastamente al panamericanismo promovido por Washington. La firma del tratado definitivo de paz con el Perú en 1929 había sido también mirado como un triunfo de la diplomacia norteamericana³⁸. Más decisivamente EE.UU. había desplazado definitivamente a Inglaterra como el gran socio financiero y comercial de Chile, e ideas norteamericanas, compartidas en gran medida por la clase política local, habían sido claves en las reformas financieras y administrativas del Estado chileno en la segunda mitad de la década de 1920, así como en

la contratación de cuantiosos empréstitos en el mercado norteamericano. Ello, añadido a las fuertes inversiones de capitales norteamericanos en el salitre y, sobre todo, en el cobre (a partir de comienzos de siglo), que proveían alrededor del 70% de las divisas del país, hacían de Chile una plaza económica significativa para Washington³⁹.

La Gran Depresión se abatió con ensañamiento sobre el país austral, según se ha visto. El cuadro interno que presentaba Chile a comienzos de los años 1930 era desolador. Para el tema de este estudio esta crisis representa también un momento axial de la instalación económica internacional del país. La fuerza de los hechos y la mentalidad que legitimarían harían triunfar por las siguientes cuatro décadas a las tesis que más adelante se bautizarían como "desarrollo hacia dentro"⁴⁰, que sepultarían la primacía de concepciones liberales acerca de la economía política internacional y del puesto de Chile en ella⁴¹. La carencia de medios de pagos y la mentalidad "nacionalista" (a la que posteriormente se le daría el nombre más *fashionable* de "estructuralista") llevarían a un inevitable choque con EE.UU. Esta es una de las razones de por qué la década de 1930, a pesar de que en Chile predominaba un gobierno conservador, haya sido una época de *relativa* confrontación entre ambos países en el ámbito económico. En las relaciones políticas, en cambio, como se verá más adelante, se daba una relativa convergencia o paralelismo para invertirse las posiciones en los años iniciales de la década siguiente. Por cierto estas dicotomías no tienen por qué mirarse como esquizofrenias en el sistema internacional, sino que pertenecen al reino de la multiplicidad de las relaciones entre los sistemas sociales, pero deben ser comprendidas en su funcionamiento y en las categorías intelectuales en las que se fundan. La respuesta económica chilena ante la Depresión, el control de las divisas, el intervencionismo estatal, que ya de alguna manera alcanzó a las grandes empresas norteamericanas, los cambios discriminatorios, el congelamiento de fondos en dólares pertenecientes a ciudadanos norteamericanos, el cese del pago de la deuda externa y, sobre todo, la tendencia chilena a canalizar su comercio internacional por medio de los "tratados de compensación" con los países europeos, todo ello no podía sino provocar las iras de EE.UU. Será esta óptica la que coloreará lo esencial de la mirada con que Washington observará a Chile en los años treinta, hasta inmediatamente antes de su cambio en las concepciones estratégicas norteamericanas a fines de la década.

Lo que primeramente llama la atención en la política de Washington hacia Chile a comienzos de la década de 1930 es su escaso interés por los factores puramente políticos de la misma. Durante los turbulentos días de la rebelión de la marinería de la escuadra primero, en septiembre de 1931, o de la "República Socialista" después, en junio de 1932 (o hasta septiembre, si incluimos el período de Dávila, más tranquilizador para los norteamericanos),

estuvo guiado a la defensa de los intereses y seguridad de los súbditos norteamericanos, así como por la preocupación por el cumplimiento de los compromisos adquiridos por Chile. Ante la insinuación de ayuda militar directa por parte del Canciller Luis Izquierdo, en septiembre de 1931, el Embajador William Culbertson responde que le parece que no existe un motivo real, y de que en caso de que fuese necesaria la ayuda, su recomendación a Washington sólo podría ser en base a "una petición firmada por el gobierno chileno y por los líderes de los principales partidos chilenos"⁴², lo que hacía virtualmente imposible una intervención militar de EE.UU. El Departamento de Estado insinúa la posibilidad de ayuda con elementos militares, pero rechazando todo lo que se parezca a una intervención directa; en la política interna es el gobierno chileno el que agita ante Washington el tema del comunismo⁴³. Tampoco el Departamento de Estado, ya bien experimentado en los problemas que acarrea seguir los consejos de los intereses particulares norteamericanos como guía práctica, escucha insinuaciones de intervenir abiertamente, sobre todo en los días de la República Socialista; incluso los representantes de la Kennecott en Washington aconsejan actuar con prudencia y confiar en la "persuasión" ante un gobierno y un ambiente que perciben como hostil⁴⁴. El Departamento de Estado le indica al Embajador Culbertson que debe convencer a la Junta (socialista) "que su mejor interés radica en cooperar con los gobiernos e intereses extranjeros antes que en antagonizarlos"⁴⁵.

De cualquier manera los sucesos chilenos, el interregno 1931/32, potencialmente explosivo pero de resolución pacífica, no ingresó dentro del horizonte de las preocupaciones de seguridad interamericana. El cumplimiento de los compromisos económicos por parte de los chilenos "en los puntos arriba señalados" aparece como el núcleo de la preocupación norteamericana. Tras ello está la demora en reconocer a gobierno alguno en Chile a partir de junio de 1932 hasta la elección de Arturo Alessandri en octubre siguiente, en lo que concordaba y se coordinaba por lo demás con otras potencias europeas, principalmente Inglaterra y Alemania⁴⁶. La política fundamental fue planteada desde un primerísimo momento por el Embajador Culbertson, al aconsejar a Washington que "deberíamos posponer el reconocimiento hasta ver si la Junta puede mantener su posición y, especialmente, hasta que dé indicios de una política razonable hacia los vastos intereses norteamericanos"⁴⁷. A pesar de que como ya se dijo el advenimiento del gobierno de Arturo Alessandri en los últimos días de 1932 fue saludado con alivio, ello no significó un cambio de la apreciación general que se tenía acerca de Chile.

Lo que salta a la vista es que los dilemas y constreñimientos a los que estaba sometido el país austral en general no parecían entrar en consideración para los responsables norteamericanos. La insistencia central es que, como señala el Embajador en 1931, la posición chilena "no puede ser defendida

según el derecho internacional"⁴⁸, y ello no cambiaría sustancialmente en los años siguientes. La administración conservadora (o si se quiere, de derecha, centro-derecha en sus inicios) que arribaba a La Moneda era percibida según esa impresión, que había hecho señalar al Embajador norteamericano que "el Gobierno de Dávila... no será más socialista en lo que concierne a los intereses extranjeros, de lo que fue o podría ser un gobierno conservador... Las condiciones económicas (determinan) que nuestros intereses... continuarán sufriendo... bajo el dominio de la vieja oligarquía conservadora o bajo el dominio de la República Socialista"⁴⁹. Texto notable acerca de los "límites de la hegemonía" de una gran potencia, aunque no por ello se indique hacia un poder relativo de un "estado débil". Efectivamente, la diplomacia norteamericana en los años siguientes estaría dedicada a la defensa de las inversiones provenientes de EE.UU., ya sea en su forma directa (cobre, salitre, utilidades públicas, finanzas,...), que alcanzaban en 1936 los 483 millones de dólares, o aquella indirecta (bonos de la deuda externa), de alrededor de 260 millones de dólares. Los problemas más específicos estaban constituidos por la cuestión de los créditos bloqueados y de los ahorros o fondos de pensiones de ciudadanos norteamericanos en Chile, de unos 23 millones de dólares. En el cobre se trata de la percepción de que el sistema judicial chileno perjudicaba sistemáticamente a las compañías norteamericanas, en el salitre que la disolución de la COSACH había dejado desamparados a los inversionistas norteamericanos. Este es el sentido que adquiere la expresión del Encargado de Negocios, R. Henry Norweb, de que "(no) hay duda de que durante 1933 la protección de los intereses norteamericanos en Chile continuará ocupando la mayor parte de la labor de la Embajada"; y declarando que los principales actores chilenos (el Ministro de Hacienda, Gustavo Ross, recién nombrado pero al que ya se le teme, la Comisión de Cambios Internacionales; el Congreso) aparecen como esencialmente hostiles hacia sus intereses. Por ello, finaliza, "los asuntos puramente políticos son poco importantes en comparación con el problema vinculado con los vastos intereses financieros y comerciales norteamericanos en Chile"⁵⁰.

Más notable es el análisis que efectúa el Agregado Militar, Ralph H. Wooten, quien desempeñaría un rol no desdeñable en la construcción de las percepciones sobre Chile en los años treinta. En un largo informe de mayo de 1933 Wooten da una versión quizás menos "gubernamental" que la del Encargado de Negocios, pero sospechamos más representativa de aquella parte de la clase política norteamericana que estaba vinculada con el proceso de toma de decisiones hacia Chile. Su "estado de la situación" comienza con una breve historia de las relaciones hasta 1930, incluyendo una amarga queja por la actuación de la banca norteamericana al prestar irresponsablemente en Chile y en el mundo. "Nuestro gobierno no apretó las riendas, de modo que los bonos y préstamos para el extranjero comenzaron a aparecer en el cielo,

los que fueron rápidamente absorbidos por nuestro público desprevenido. Nuestra idea de obtener la 'buena voluntad' de nuestros vecinos europeos y latinoamericanos era evidentemente de prestarles tanto dinero como ellos quisieran, con poca o ninguna garantía".

En Chile, continúa Wooten, gran parte del dinero se gastó en Europa en navíos de guerra, en un palacio gubernamental, en edificios para el Ejército y la Marina. Parafraseando al escritor francés André Siegfried y su visión acerca de Chile, dice que "es difícil sostener un punto de vista económico (público) cuando no existe ningún punto de vista económico privado", y aunque el chileno es encantador, no puede tomar seriamente los asuntos económicos. Que están seguros de que el problema de las deudas no es problema, ya que EE.UU. no se atreverá a intervenir con presiones directas. Que de todos modos se pueden reconstituir las relaciones económicas; pero que la estructura social chilena no da motivo de esperanza. Su raza es muy dura, y sus 4,2 millones de habitantes son básicamente indios, con un poco de sangre española y salpicones de otras razas europeas. La mayoría son "rotos", con un 15% de clase media y un 10% de clases acomodadas, y aunque en los últimos años la "roto class" había mejorado algo en su estado, ahora todo se ha desvanecido. "Nunca debemos ser tan estúpidos de nuevo como para confiar en la estabilidad de un político chileno, o en el valor del peso chileno".

Desgraciadamente, continúa Wooten, muchas inversiones norteamericanas en el extranjero, que esperan que el gobierno norteamericano las defienda, están empleadas en proyectos que compiten con productos norteamericanos e indirectamente causan cesantía en los Estados Unidos. Si una pequeña parte del dinero se hubiese empleado en mayores recursos para las fuerzas armadas norteamericanas, "nos daría hoy día una situación mundial más respetable". Ante Chile hay que tener en cuenta los más diversos factores, incluyendo una gran deuda a EE.UU. y que existe el peligro de que la intente repudiar por lo que hay que mantener una fuerte presión. "El país es violentamente nacionalista en sus tendencias, y es probable que siga la conducción de políticos inescrupulosos que podrían estar a la cabeza del gobierno en su desapego de los derechos de los inversores extranjeros y en el cumplimiento de las obligaciones internacionales del país"⁵¹.

Antes que en las obras idealizadoras de John Gunther o de Waldo Frank, es aquí donde hay que ver la real (o mayoritaria) mirada del país del Norte hacia su vecino del Sur (y en variable medida quizás a toda América Latina). Se hace aquí una larga referencia a este documento porque retrata el "mapa cognitivo" que sirve de trasfondo a la toma de decisión de los responsables norteamericanos. Revelan no sólo una percepción que le era espontánea (es decir, culturalmente recibida en este caso) a un diplomático, sino que indican hacia un trasfondo cultural con que una versión, la más poderosa cuando se habla de espontaneidad, mira a países como Chile en estos años⁵². Las

palabras de Wooten rezuman no sólo una decepción frente a Chile, sino que la conciencia de estar ante una sociedad irremediablemente fuera de un radio de civilización, no en último término por su estructura social y por la presencia de la "roto class"⁵³. En estas décadas emergerá una visión "liberal", en el sentido norteamericano del término, hacia Chile. En los años 1930 sin embargo ésta estaba ya contenida en la creencia de que uno de los problemas del país radicaba en que estaba bajo el dominio de una oligarquía⁵⁴, que era comparada con la aristocracia del sur norteamericano de antes de la guerra civil⁵⁵. Desde luego esto no tiene que ver con una pura polaridad ideológica de la cultura política norteamericana, sino que tiene viejas raíces en esa sociedad, y se relaciona con un naturalismo y autocrítica que es un *pendant* al desenvolvimiento de la economía moderna o "capitalismo" y la civilización urbana. La mirada hacia el sur es parte de una autoidentificación crítica de la sociedad norteamericana.

Pero las apreciaciones del militar no eran en absoluto la manifestación de una voz aislada. Ya antes de las turbulencias de 1932, William Culbertson decía que mientras el país se debatía en la crisis, había transcurrido la temporada veraniega más esplendorosa en despliegue de riqueza personal en el casino de Viña del Mar, y que la clase alta no tenía ninguna conciencia de ayudar a su propio gobierno y era reacia a pagar impuestos⁵⁶. Poco después dice que "nuestra paciencia con las actuales condiciones de Chile ha sido premiada con una actitud de resentimiento y hostilidad hacia los intereses norteamericanos"⁵⁷. La mentalidad del chileno se puede ilustrar, dice Culbertson, "en el contraste entre un activo sentimiento antiextranjero, particularmente antinorteamericano, entre el público general, y el aire paternalista con que las autoridades frecuentemente requieren que las compañías norteamericanas continúen con su producción, frecuentemente a pérdida"⁵⁸. El Cónsul General en un informe que lleva el sugestivo título de "Chile's Plight", de noviembre de 1933, se lamenta que "Chile está viviendo mucho más allá de sus medios... La impresión que se tiene es que Chile todavía está viviendo de sus préstamos del extranjero. El sacrificio personal es algo completamente ajeno al carácter del chileno medio... (Hay) que dar una triste despedida a Chile, el país con un sombrío futuro pero con un inolvidable pasado. Desde ahora en adelante Chile debe olvidarse de sus lujos, volver a los días del trabajo de la tierra de comienzos del siglo XX y efectuar un nuevo comienzo si es que tiene la esperanza de retomar su lugar conspicuo entre la familia sudamericana de naciones"⁵⁹. Como casi todos sus compatriotas, el Cónsul se escandaliza por el lujo que ostenta la clase alta en el Casino, o en los cocktails del Hotel Crillon y concluye que los intereses norteamericanos han sido los más afectados por la situación.

Con todo, no existe una absoluta dicotomía entre la política y la economía. En la era del aislacionismo EE.UU. sabe que América Latina juega un rol

dentro de los intereses globales de EE.UU. El Encargado de Negocios expone en este sentido una interesante *Weltanschauung*: "Las continuas fricciones en Europa, el arrogante y desagradable régimen de Hitler en Alemania, las estrechas políticas de Francia e Inglaterra, por contraste todo esto ha servido para colocar bajo una luz mejor a los Estados Unidos. Mientras que EE.UU. está siendo separado de Europa, aquí vagamente se entiende más y más que América Latina es su esfera de influencia lógica", aunque la paciencia norteamericana está siendo retribuida a costa de los "negocios"⁶⁰. "Fortress America" parece ser la lógica de estas líneas, y una consideración como ésta es coherente con la visión general del período acerca del rol de Chile y de la región en los intereses norteamericanos. Esto es, el país austral debe integrarse a la estrategia de superar la crisis de la Depresión por medio de los tratados de comercio recíproco y a la vez constituir una fuente de estabilidad en la escena americana de modo de no involucrarse en la aparente disolución de la paz en Europa. Pero ello no cambia la frustración con que Washington debe enfrentar a Chile en cada uno de los puntos centrales que constituyen las relaciones económicas entre ambas naciones."

La piedra angular: la economía internacional

La piedra angular de la política exterior económica de EE.UU. en los años 1930, hasta los inicios de la Segunda Guerra Mundial, estuvo constituida por la promoción de los tratados de comercio recíproco. No sólo estos tratados respondían a una política declarada y a la tendencia natural de la economía política de una sociedad como la norteamericana —en contraposición a la de bloques más o menos proteccionistas—, sino que se originó en el empeño relativamente personal del Secretario de Estado Cordell Hull. El problema esencial para un país como Chile no era solamente que EE.UU. también elevó sus tarifas (Smoot-Hawley, en 1930), e impuso serias restricciones a las importaciones de cobre, sino que Chile representaba una economía en cierta manera competitiva con los mismos EE.UU.⁶¹. El problema del cobre era relativo, puesto que si bien el "excise tax" de cuatro centavos para las importaciones de cobre fue prohibitivo para el mineral chileno, este impuesto le era devuelto a las compañías cupríferas si lo reexportaban, ya sea refinado o elaborado⁶². Por cierto, el problema para Washington no era la cuantía del intercambio sino en cuanto piedra de toque para una política continental y mundial. En cambio para Chile el problema consistía en reconstruir su sistema de intercambio con el exterior en el cual si bien EE.UU. era una pieza fundamental, Europa no lo era menos, y las estrategias de ambos, EE.UU. y Europa, diferían significativamente.

Desde el punto de vista norteamericano la saliente del problema se



Archivo Fotográfico del Museo Histórico Nacional

Miguel Cruchaga

"Usted sabe bastante historia, derecho internacional y la teoría de las relaciones exteriores. Pero lo que necesitamos ahora, en momentos de crisis, es exportar porotos, cebollas y ajos"

asoma en la discriminación que se efectúa por medio de la Comisión de Cambios Internacionales, que somete al comercio norteamericano a un trato diferente al de otras naciones, especialmente en los casos de Francia y Alemania. Al parecer sin percibir que la propia política inicial de Roosevelt en la arena económica internacional podría ser calificada de "nacionalista"⁶³, el Embajador Culbertson informa desalentadoramente que la política del nuevo Presidente, Arturo Alessandri, es "vigorosamente nacionalista"⁶⁴. La sensación que transmite es la de un empañamiento de las negociaciones, producto de lo cual las grandes compañías norteamericanas son discriminadas y deben cambiar sus dólares a un precio artificialmente bajo⁶⁵. Las conversaciones con el Ministro de Relaciones Exteriores se extienden sin llegar a resolución alguna, a pesar de la buena voluntad del Canciller Miguel Cruchaga —antiguo Embajador en Washington— y del Subsecretario Germán

Vergara⁶⁶. Los norteamericanos dejan recaer la culpa enteramente sobre los hombros del villano de esta película de los años treinta, el Ministro de Hacienda, Gustavo Ross.

La dureza de Ross ante las negociaciones estaba "basada principalmente en (su) esfuerzo por restaurar la prosperidad por medio del nacionalismo económico"⁶⁷. Aunque al comienzo de la administración se expresa la esperanza de que Ross quiera solucionar los problemas⁶⁸, rápidamente se le percibe como una personalidad hostil a los intereses norteamericanos⁶⁹, en paradójal contraste con la crítica "antiimperialista" que el "Ministro del Hambre" o el "último Pirata del Pacífico" recibía dentro del sistema político chileno⁷⁰. Sus argumentos en torno al pago de la deuda son "specious"⁷¹, y presenta sus puntos de vista ante la prensa deformando su contenido⁷². Ross negocia con los acreedores de espaldas unos con otros, de modo de obtener ventajas unilaterales⁷³, y sólo la mayor presión, como una amenaza de represalia económica fuerte, es capaz de hacerlo cambiar de opinión⁷⁴.

Sin embargo, el Ministro chileno casi siempre parece salirse con la suya y sólo acepta acuerdos en la medida en que exista un compromiso de EE.UU. por aumentar sus importaciones desde Chile⁷⁵; el "astuto" Ministro hace pagar casi siempre a los intereses norteamericanos el problema de la escasez de divisas en Chile, y Ross sencillamente sonríe, pero guarda silencio cuando el Embajador Philip le pregunta acerca de la cantidad de divisas disponibles para el comercio con EE.UU. Ross, como todos los chilenos de la clase alta, en el fondo se llevan su dinero al extranjero drenando las divisas del país⁷⁶. Mientras el Ministerio de Relaciones Exteriores (Cruchaga, Vergara) intenta mantener una relación constructiva con la Embajada, ello se ve anulado por la acción independiente y autoritaria de Gustavo Ross⁷⁷. El gobierno de Chile, de acuerdo a fuentes confidenciales del Departamento de Estado, asegura el Embajador Hoffman Philip, bajo la "dirección de un Ministro de Hacienda astuto", administra los recursos externos del país de acuerdo al principio de "rob Peter to pay Paul", y "los intereses norteamericanos están llamados frecuentemente a jugar el rol del infortunado Peter"⁷⁸.

Muchas de estas expresiones no manifiestan sino frustraciones del momento. A las numerosísimas y amargas quejas acerca del "Ross regime"⁷⁹ se pueden añadir juicios de reconocimiento a Ross, no solamente como la contraparte insustituible, sino como la persona capaz de hacer que las cosas funcionen. Provisto de coraje, no necesariamente contrario a los intereses norteamericanos, "un hombre en el cual se puede confiar", dice el mismo Embajador Philip en otra ocasión⁸⁰. Con todo, antes de mirar las contradicciones tenemos que entender que las *boutades* contra el "Ross regime" reflejan mejor lo que los hombres de Washington miraban como un terreno extraordinariamente escarpado al tratar con el Chile de los años 1930.

Ciertamente que a veces la Cancillería chilena, como observaba el

norteamericano, se veía sobrepasada e ignorada por el liderato económico de Ross⁸¹. Pero aquí radica el corazón del problema: La Cancillería sostenía una visión y una acción esencialmente política de su labor, a pesar de la creciente importancia que adquiría la Subsecretaría de Comercio entonces encabezada por Desiderio García. Como veremos luego, la política hacia los acontecimientos europeos y, sobre todo, ante el equilibrio de poder en la región, constituía la tarea que veía como primordial. Mientras los memoranda de la Embajada de EE.UU. son riquísimos para analizar las ideas de los responsables norteamericanos, no sucede lo mismo con el caso chileno. Por ello se debe recurrir a un camino indirecto para entender el mapa cognitivo del lado chileno de la ecuación.

El nacionalismo económico como premisa

La situación de Chile en estos años estaba mediatizada por las consecuencias de la Depresión y de las categorías intelectuales con las que los chilenos creían o debían tener que enfrentarse. La conciencia de crisis, aunque se sabe que es común a todas las sociedades en todas las épocas de la historia de Occidente moderno, era probablemente más aguda en el Chile de comienzos de los años 1930, con grandes consecuencias para las ideas de economía política. *La Nación* constata con desconsuelo que "los grandes países (parece que) sintieran que su ideal ha envejecido de pronto. La crisis económica ha producido una mutación más violenta que la capacidad real de los hombres para acelerar la evolución de sus ideas y de los principios económicos y sociales imperantes en la civilización"⁸². Ello no describía más que a un ambiente abierto a explorar nuevos rumbos, aquellos tenidos por el mandato de la época.

El Directorio del Banco Central estaba integrado en lo esencial por hombres provistos de una mentalidad que se podría denominar para entonces de "conservadora". Pues bien, aunque utilizó políticas de reactivación —en conjunción con Ross— que en su época eran calificadas de reaccionarias (=ortodoxas=prekeynesianas), de hecho su *Weltanschauung* en economía política era hija de la época. Su rechazo al patrón oro (podía haber algo más obvio después de su abandono por Inglaterra en 1931?) aparecía como un nuevo dogma sobre el que se debía (re)construir la economía nacional. El patrón oro correspondía a la era en que la condición fundamental era "la libertad del intercambio de mercaderías y capitales... El derrumbe que sufrió el patrón oro se debió, en gran parte, al cambio producido en la política de comercio internacional"⁸³. Ahora en cambio se ha arribado a la era del nacionalismo. Ello lo justifica con un texto que es notable para entender las categorías de economía política de los líderes chilenos:

*"La crisis por la que el mundo entero ha atravesado tiene un significado mucho más profundo del que generalmente se le atribuye. Ella significa el término de toda una época del desarrollo de la civilización. El liberalismo económico que dio a esta época su brillo y su grandeza, indudablemente se encuentra en decadencia. El nacionalismo económico es hoy un hecho innegable. En todas partes se ve el mismo afán de independizarse de los mercados extranjeros, por lo menos, en todo lo que puede producirse en el territorio nacional; y en todas partes, el racionamiento es el mismo: el bienestar material de un país no debe depender de los caprichos de los capitales internacionales, ni tampoco de las eventualidades de la lucha de intereses divergentes por el mercado mundial, sino que debe estar cimentado en su propia economía, en sus propias fuerzas y recursos, cuyo desenvolvimiento y consolidación prima, por lo tanto, por sobre todo lo demás. No es nuestro papel discutir si este desarrollo es o no un ideal. La política ha de mantener siempre el contacto con la vida real y, por eso, antes que atrincherarse tras doctrinas y tradicionalismos, debe comprender los signos de su época y las necesidades que surgen del desarrollo de las cosas."*⁸⁴

El nacionalismo económico es mirado como un mandato para olvidarse de la "era liberal", del "tradicionalismo", y para independizarse de los mercados extranjeros. Todavía no existe una ideología Norte-Sur, pero está latente el principio del "desarrollo hacia dentro" y, esencialmente, al menos en potencia, de la autosuficiencia, de la autarquía. De esta manera para el Banco Central la estabilidad de la moneda, que en la era Ross sigue siendo una meta inmovible, no debe entenderse como "estabilidad en los tipos de cambio sino del poder de compra interior de la moneda"⁸⁵. En la *Memoria* de 1937 se expresa con no menor fuerza el rechazo a la idea de una interrelación oferta/demanda en relación a un mercado internacional y una suerte de antimonetarismo como principio axiomático: "Y es por eso que el patrón oro ha caído en descrédito, pues la moneda es un instrumento de cambio creado por la economía para SERVIRLE; la deflación automática empero exige todo lo contrario: no que la moneda se ajuste a las legítimas demandas de la economía, sino que la economía se ajuste a las necesidades de la moneda. Creemos que hoy no es posible mantener semejante principio, completamente opuesto al supremo interés que deben tener los gobiernos en un desarrollo homogéneo y orgánico de la vida económica y social de los países"⁸⁶.

La idea de un "desarrollo homogéneo y orgánico" tiene una resonancia con la idea del "plan", propia a la era de la planificación, lo que convierte a estos pronunciamientos de una institución en principio autónoma al gobierno, pero en su composición personal altamente concordante en sus ideas generales y que de hecho trabajaba en estrecha vinculación con Ross, en exponente de principios de economía política oficiales⁸⁷. Surge en la mentalidad de la clase

política, tan ejemplificada por los textos reproducidos, una suerte de "economía depresiva del crecimiento económico", tal como lo ha llamado Markos Marmalakis⁸⁸, que aunque adquiere un ímpetu coherente a partir de la década de 1940, en algunos aspectos se pone en ejecución a partir de comienzos de los años 1930 como solución de emergencia, pero que adquiere además una justificación verbal que fortalece sus posibilidades. Esto, como se verá, no era la idea del impulsor de estos años, Gustavo Ross, que sólo lo aceptaba como algo provisorio, o como un atajo hacia una revinculación positiva y paulatinamente abriéndose hacia la economía mundial. Sin embargo la inercia era fuerte, y el cambio político de 1938 remató un tipo de asociación diferente con el mundo económico de la segunda posguerra. En dos textos de 1931 y 1932, Carlos Keller afirma que como "consecuencia de esta constelación (la Gran Depresión), se puede hablar, sin exageración, del fin de la economía universal. Actualmente se encuentran en plena formación grandes unidades económicas nacionales"⁸⁹. En cambio Chile, por medio del salitre y del cobre, está dirigido desde Nueva York. No pide una nacionalización y reconoce la importancia de la búsqueda de mercados, pero todo debe cimentarse dentro de la inmovible nueva realidad, de que "no se presenta ninguna expectativa de que vuelva a funcionar en forma natural el círculo funcional de nuestra economía y de que continúen vigentes las leyes económicas capitalistas, ni lo que se refiere a las relaciones internacionales ni dentro de los estados". Se requiere una "voluntad colectiva" —que repudia expresamente a Marx, "abandonado por la ciencia"— ya que la "salvación no depende de la iniciativa particular"⁹⁰; y sin pedir medidas rígidas el escrito rezuma la idea de la planificación. En el otro ensayo Keller pide establecer industrias de exportación, reconociendo la importancia del mercado mundial, pero restringiendo al máximo las importaciones⁹¹, y afirmando al final que el "mundo moderno está reclamando la intervención del Estado, con tanta urgencia e insistencia como jamás en períodos anteriores de nuestra historia"⁹². El joven Eduardo Frei celebraba en 1937 "la muerte del viejo Estado liberal e inorgánico y el nacimiento de una nueva sociedad orgánica y jerárquica" que a la vez evite al socialismo estatista, una "grave plaga"⁹³.

Desde la perspectiva de fines de siglo se podrían identificar estas palabras con un aire de época, la del corporativismo autoritario. Pero dentro del campo semántico de su momento reflejaban el desaliento con el intercambio abierto en lo internacional y con la economía liberal en lo interno. Existen en estos años, aisladamente, críticas contra el creciente intervencionismo estatal⁹⁴, así como *El Mercurio* a veces protesta contra el "nacionalismo económico" expresado en las barreras aduaneras, o contra la carrera por autoproclamarse como "socialista" hasta por ciertos liberales⁹⁵, estas críticas no sólo son minoritarias y extremadamente defensivas, sino que también en su aislamiento reflejan una desorientación y carencia de estrategia intelectual

coherente. *La Nación*, por cierto identificada con el Gobierno, apoya como inevitable una política de protección aduanera, pero también como complemento de una estrategia de terminar con la cesantía, pues es ello lo que ahora efectúan todos los países, lo que el diario llama "el principio del trabajo" frente al "principio del lucro". Sólo cuando se adopte universalmente podrá resurgir el comercio internacional⁹⁶, en una afirmación muy indicativa acerca de la postergación de una economía política basada en las ventajas comparativas y/o competitivas.

La palabra esencial la entrega un autor que bajo todo punto de vista debe ser clasificado de "moderado", cuya intención es ofrecer un estado de la situación, y por ello refleja muy bien esas categorías mentales que comienzan por construir el orden de la realidad. Para Wilhelm Mann la característica fundamental de la economía chilena es "la dependencia de los mercados extranjeros". Frente a eso el país ha escogido "librarse de su tradicional sometimiento a factores internacionales". Para ello los chilenos cuentan con una herramienta eficaz, la intervención del Estado⁹⁷. Incluso con motivo de una protesta de importadores de material automotriz, quejándose de la discriminación de la que habrían sido objeto de parte de la Comisión de Control de Cambios Internacionales, se apresuran a "desmentir toda posible sospecha de que estén propugnando la escuela económica liberal". Por el contrario, estamos convencidos de que en tiempos críticos como los que atravesamos, la economía dirigida es indispensable. Sólo que reclamamos una economía dirigida con inteligencia y estudio, en vez de la absurda y desorganizada que hoy sufrimos⁹⁸. En relación a lo que sucedería a comienzos de los años cuarenta, ¿cómo podían los chilenos prepararse para aprovechar la "dinámica" del mundo de Bretton Woods si a ellos les parecía tan natural que la "dependencia" —quizás "interrelación"— con el sistema económico internacional se ve como un fenómeno esencialmente dañino? Y si, como en este último caso, la regulación le era apetecida por un grupo de interés que por su naturaleza le debía ser consustancial el apoyo al libre mercado, ¿cómo podía plantearse una posición que tuviera como objeto el aprovechamiento de las "ventajas comparativas"?

Incluso la instalación del control de cambios es defendido ardorosamente por el diario oficialista *La Nación* como medio de "fortalecer la producción nacional", es decir, de lograr una vía de desarrollo por medio de un proteccionismo. Las pocas voces que se alzaban para protestar contra la labor de la Comisión de Cambios Internacionales eran miradas como "voces aisladas del interés particular", y probablemente se veían a sí mismas como tales. "Por sistema —y muy loable sistema— la Comisión de Control de Cambios (como también era conocida), al calificar las solicitudes de divisas, procura satisfacer, con preferencia, dentro de sus disponibilidades, aquellas que se refieren a importaciones que respondan a aquellas necesidades, y aplicando criterio

contrario a aquellas que son motivadas por la internación de artículos suntuarios o similares a los que produce la industria nacional". En el rechazo al cambio de modalidades existen ecos de la antigua disputa entre "papeleros" y "oreros", afirmándose el fracaso de la convertibilidad tal como se dio entre 1895 y 1925. Más importante, el foso entre "interés general" e "interés particular" se reafirma también estrictamente en este contexto. "Si el control de cambios no fuera un sistema reconocido como indispensable y eficaz dentro del actual estado de las cosas, no se habría difundido en la forma universal que puede observarse en la actualidad. Salvo tres o cuatro países que disfrutaran de condiciones económicas excepcionales, puede decirse que la totalidad de las naciones que participan en el comercio mundial, tienen un régimen de cambios prácticamente igual al nuestro. Aparte de los daños que evita, el Control de Cambios ejerce una influencia vivificadora en el movimiento industrial y en la producción interna"⁹⁹. La protección de una industria naciente para lo "esencial" constituye el corazón del nacionalismo económico, y es difícil no ver que en los treinta los chilenos creían mirar en la economía mundial un modelo para este camino.

El editorialista piensa que, con esta fórmula se "crean" necesidades de consumo de artículos nacionales, y que las divisas van a parar a las industrias que verdaderamente requieren de materia prima que no se produce en el país. El público se acostumbrará a los productos nacionales, y estos mejorarán su calidad por "natural perfeccionamiento", sólo entonces, se insinúa, podría abolirse el cambio¹⁰⁰. Aun reconociendo la arbitrariedad y el "autoritarismo" de la Comisión, el editorialista afirma que "no puede tratarse de ir lisa y llanamente a la supresión de todo control para devolver al comercio la absoluta libertad de sus transacciones. La situación del país aún no lo permite. Y, más que eso, basta considerar la actitud de franca defensiva económica en que aun se encuentran las principales naciones del mundo, para concluir que no sería posible que Chile se presentara desarmado y desprovisto de todo control sobre sus transacciones internacionales"¹⁰¹. A la idea del proteccionismo y la posibilidad de lograr —para emplear una expresión posterior— un desarrollo económico autosustentado, la referencia a las medidas mundiales de la época de antes de Bretton Woods son parte de la experiencia global de la cultura política chilena.

Estas ideas tendrían su definitiva puesta en marcha con la instalación del gobierno del Frente Popular a fines de 1938 y con el inicio de la Segunda Guerra Mundial en 1939. Pero en general no sólo reflejaban una idea que ya se originaba con el nacionalismo económico de antes de los años treinta¹⁰², sino que un pensamiento colectivo de la clase política legitimado fuertemente como resultado de la Depresión. El propio Pedro Aguirre Cerda en una obra publicada en 1933 dice que el liberalismo no "ha logrado el favor político de ninguna gran nación, ni siquiera el de los partidos llamados liberales"¹⁰³. Lo

que en Aguirre aparece con acento claramente positivo es el "nacionalismo", aunque condene su versión "cerrada", "imperialista", y por cierto que poco o nada tenga que ver con el chauvinismo o con el nacionalismo de tipo fascista. Pero considera al nacionalismo, en su sentido amplio, como la fuerza de la historia. "Una decidida protección a las industrias, agricultura y comercio, asegura el futuro Presidente, para que todas las actividades nacionales se desenvuelvan en forma de resistir la competencia extranjera, ha ido formando una fuerza coordinada entre sí y cooperada con la del Estado para elevar al máximo la potencialidad nacional y dominar al competidor, que es considerado como enemigo y contra el cual se emplean todas las armas"¹⁰⁴. Aguirre, hasta ese momento un político pleno del primer tercio del siglo, expresaba un convencimiento ampliamente difundido y que moldeaba el pensamiento político en la era posdepresiva. Como lo señalaba un preparado observador de esos años, el propósito "es el de hacer que la idea del nacionalismo económico sea en cada chileno una idea fuerza, que inspire todos los actos de su vida". Esto, naturalmente, debe estar guiado por el Estado y además atenerse a un decálogo en el que, aunque no se expresa que debe aislarse al país, nada hay en él que hable de integrarse competitivamente a la economía mundial¹⁰⁵. Para el objetivo de este libro, el tratar de comprender la economía política implícita al "Ross regime", (aunque no necesariamente a Ross mismo) es sumamente representativo un trabajo presentado al Congreso Sudamericano de Ingenieros en 1938, redactado por varios ingenieros, entre ellos nada menos que el Presidente de la poderosa organización empresarial SOFOFA, Walter Müller. Sus consideraciones son muy reveladoras de la visión de la economía mundial (Japón y Alemania aparecen como <buenos> ejemplos de "economías integrales") y del único camino que Chile puede desarrollar. Desaparecido el salitre como fuente de riqueza, sólo el desarrollo de una industria manufacturera protegida puede asegurar un aumento real de la riqueza del país. "La historia de la industria manufacturera en Chile y en los demás países, evidencia la necesidad de un recinto nacional protegido de competencias exteriores". Esta "producción industrial nacional debe ser protegida por medio de tarifas aduaneras elevadas y un régimen automático de licencias de importación que sólo permita la introducción de manufacturas extranjeras hasta la cantidad que la industria nacional no pueda abastecer"¹⁰⁶. El programa de estos ingenieros es el anuncio del Chile de las décadas siguientes. Su programa, sobre todo la idea de sistematizar las "licencias de importación", sólo corresponde a fijar como pautas permanentes la política "pragmática" que los líderes del Estado chileno debieron poner en práctica tras la Gran Depresión.

Esta postura tuvo su crítica en el análisis liberal más inteligente (junto a Rodríguez de la Sotta) del Chile de la época, en Daniel Armanet. Para éste el criterio "mercantilista" ha ofuscado la búsqueda de una política económica

sana. La protección aduanera "viola un principio de equidad", ya que no sólo es un pago al Estado, sino al particular que está protegido. "Una nación se condenaría a una inferioridad irremediable si se aferrara a la idea de conservar indefinidamente procedimientos anticuados, industrias que no puedan trabajar con provecho, por temor de dejarlas perecer". Pone el ejemplo de la industria frutícola como posibilidad de motor de desarrollo y lo compara con California¹⁰⁷. Estas palabras premonitorias podían revelar la voluntad de hombres como Ross y Rodríguez, además del mismo Armanet, pero caían en el saco roto en los años treinta, si es que pretendían crear un clima de opinión. También caerían en el desuso, al menos en el lenguaje público formal, las referencias a la cultura económica. Sólo un comerciante de "nuevo tipo", como Adolfo Ibáñez, se atrevía a formular con vigor la necesidad de reformar las costumbres económicas de los chilenos como medio de lograr el desarrollo económico¹⁰⁸. Esto había sido considerado por la generación de un Encina, pero a partir de los treinta, en el lenguaje público formal —no así en las conversaciones informales, privadas— este tipo de consideraciones eran rechazadas como racistas y "anticuadas". Sin embargo, para quienes no creían en la fatalidad étnica, la cultura económica, como toda cultura, era un tipo de conducta que hasta cierto punto todos pueden adquirir, al menos paulatinamente, y como se verá estaba presente en Ross y en el mismo Aguirre Cerda. Lo interesante en los argumentos de cultura económica es que ponen el acento al interior de la sociedad, y por ello la economía mundial no se les presenta como inevitablemente hostil, como es la idea que se anida en el nacionalismo económico. Con todo, es la voz de los planificadores y protectores la que terminaría por crear un modelo definitivo para las cuatro décadas siguientes. Junto a ello, quizás de manera inseparable como ya lo hemos dicho, le acompañaba la idea del "plan", de la "organización". Estas ideas no eran mero producto de corrientes ideológicas nuevas, sino que todos los grupos las adaptan a su lenguaje según su propia visión de mundo. El órgano de la SOFOFA, *Industria*, lo señala transparentemente en 1937, cuando dice que falta "algo en la organización del país, que encare científicamente el estudio de un plan completo de trabajo, de creación de riquezas y de bienestar general, en forma de llevar al país, en un período de pocos años, a la abundancia y a su verdadero rol entre las naciones sudamericanas"¹⁰⁹. La planificación, como técnica universal que atraviesa el universo ideológico, se presenta como panacea, y al revés de lo que ocurriría poco después, esta noción llevaría a darle la connotación de inevitabilidad positiva a la idea de "tecnocracia"¹¹⁰. "Economía dirigida" parecía estar en relación de ecuación con "economía científica"¹¹¹. El desastre del país para el editorialista de *Hoy* se encontraba en que lo que había en Chile era una "economía desordenada". "No ha habido un plan técnico, concertado, ha faltado una conducción

racional y metódica de la economía, que pueda llevar si no a la solución definitiva —dependiente en parte de los factores internacionales— por lo menos a una amortiguación de la realidad crítica del país... La solución tendrá que venir de un plan general estimulador, consciente, que vivifique en forma armoniosa todas las raíces de la economía¹¹². Que la infalibilidad podía venir de un "plan racional y metódico" pasaría a ser un artículo de fe para vastos sectores del país, y sólo más allá de él se podía entrar a considerar otros elementos. También es interesante el tono de fatalismo provisorio que el editorialista le imprime a la consideración de "los factores internacionales". De las líneas de este implacable opositor de Alessandri y Ross, y que no se podía identificar con una posición simpatizante con el marxismo, surgían imágenes favorables; a Alemania y a la URSS, ya que, "fascismo, nazismo <sic>, comunismo; son las recetas del futuro. Italia, Alemania y Rusia representan en estos momentos grandes roles en los destinos de la humanidad"¹¹³, como el modelo de comercio alemán, de tratados de compensación, ajeno a todo multilateralismo, se le aparece como el mejor de los mundos¹¹⁴. Esta admiración a Alemania nazi y a la URSS, al mismo tiempo, no era nada de extraño en los años treinta, como parte de un entusiasmo "progresista" en las virtualidades prometeicas de la técnica.

La estrategia económica internacional

Si es que aceptamos que un memorándum preparado por un funcionario de la Subsecretaría de Comercio de la Cancillería, Moisés Vargas, poco antes de la Conferencia Económica Mundial de Londres de 1933, representa lo esencial de la economía política del "Ross regime", podemos entender el carácter moderado de su estrategia económica internacional.

*"El problema (cláusula de nación más favorecida vs. acuerdos regionales al estilo Conferencia Imperial de Ottawa) es de gran importancia para el futuro de la política comercial internacional. El abandono general de la cláusula de nación más favorecida, sin relación a ningún plan concebido, de acercamiento económico regional, puede llevar a mayores restricciones, discriminaciones entre el comercio de los distintos países y, en consecuencia, a guerras arancelarias mucho más serias. Es necesario encontrar una fórmula que permita conservar los beneficios de la cláusula. Es decir, la estabilidad que ella proporciona en períodos de tiempo y la igualdad de tratamiento entre las naciones, lo que impide un cierto número de represalias, mientras que al mismo tiempo permite la reducción de los aranceles aduaneros por medio de acuerdos regionales o de grupo que, por ahora, parecen constituir la tendencia más prometedora de progreso hacia una unión económica internacional"*¹¹⁵.

Estas palabras carecen del elemento enfático de los que ponían la esperanza en el "plan" y a la vez, aunque redactadas de manera apresurada, dan una clara idea de los dilemas que se ponía ante sí la administración. El fin estratégico parece dirigirse a hacer compatibles una versión contemporánea de "acuerdos regionales", quizás algo de "tratados de compensación", con los fundamentos de un libre comercio. Esto, antes de toda idea realista de "mercado latinoamericano" o siquiera de "concertación latinoamericana", sólo podía significar mantener los lazos comerciales con Europa, aunque teóricamente se les considerara deficientes, pero también avanzar en una posibilidad como aquella enunciada por la política de Cordell Hull. Naturalmente que esta no era la versión que podría señalarse como promedio de la "intelligentsia chilena" de la época.

El "Ross regime" no era un mero camino de "desarrollo hacia dentro", sino que una preparación a la vez para un reingreso al circuito de la economía mundial por medio de un interrelación que se aproximara a un sistema de libre comercio. Esto podría aparecer tremendamente contradictorio con el clima mental generalizado en la época, según se ha expuesto. Sin embargo ello como siempre oculta la complejidad del alma y de la historia. Ni siquiera en los años cuarenta ni en los cincuenta esta idea desaparecería del grueso de la clase política, aunque debilitada hasta lo irreconocible. Bajo la inspiración del pasado y probablemente del ímpetu del sonido silencioso de Ross, la posibilidad se agitaba.

En un informe del Encargado de Negocios en Washington, Benjamin Cohen, en los albores de la administración Roosevelt (y en la del mismo Alessandri) se expresa una curiosa síntesis (o mezcla, mezcólanza, dirían algunos) de deseos de liberalizar el comercio junto a un proteccionismo, cuando se refiere a las posibilidades del salitre, uno de los centros de la querrela en el debate político nacional, y por lo mismo prioridad en las relaciones comerciales. Cohen se refiere a la acción de la "dictadura" en la COSACH, y los empréstitos ruinosos que contrató, que junto al avance del salitre sintético, representan un peligro para el país. A continuación dice:

"Las iniciativas del actual gobierno de Chile destinadas a desenredar la madeja de la Cosach, con todas sus complicaciones de orden interno e internacional, tienen por objeto reestablecer la posición reguladora del Estado, el cual debe considerar a la industria no siempre desde puntos de vista puramente comerciales, único de interés para el productor particular a quien sólo interesa obtener beneficios sobre su capital invertido, sino en sus relaciones con la economía general de la República y, por ende, con los aspectos sociales y políticos de la vida chilena".

Dos ideas se deben retener de este párrafo. Por una parte la "posición

reguladora del Estado", expresión que aparece como natural al diplomático. Por otro lado lo que podríamos llamar la "función social" de la economía, que no se debería considerar con criterios económicos. Por cierto que no hay gobierno del mundo que en diversas circunstancias no haga esta consideración. Pero en el circuito semántico de los años treinta en Chile esto conlleva la significación potencial (que luego devendría crecientemente actual) de contraposición de interés público frente al privado. Las paradojas de estas líneas se complican más con lo que Cohen sigue escribiendo:

*"Con su amplio espíritu humanitario el actual Presidente de los Estados Unidos no dejará de considerar los altos valores sociales envueltos en el problema. Producir mayor desocupación y acrecer la miseria de un pueblo que sólo desea buscar en el trabajo un remedio a sus dolencias económicas, no es un acto de 'buen vecino', y el actual mandatario estadounidense ha hecho de la buena vecindad la base de su política internacional, especialmente respecto de Latinoamérica. Si las plantas de Muscle Shoals se destinan a producir abono sintético por cuenta del Gobierno, es cosa bien sabida que no podrán hacerlo con un costo que les permita vender los artículos a los precios actuales de los salitres chilenos y sintético de las corporaciones privadas y el contribuyente pagaría la pérdida resultante. No hay, pues, ventaja económica en hacerlo. Por otra parte, si este Gobierno resuelve llevar adelante la proposición aprobada por la Cámara de Diputados (sic), arruinará la industria sintética nacional, según el decir de sus representantes más calificados, echando a la calle miles de trabajadores, y aparte de la destrucción de capital particular en los Estados Unidos, causará parecidos efectos en Chile, con resultados más graves aún dado el carácter fundamental de la industria salitrera, con la probable pérdida de cuantiosas inversiones americanas vinculadas a la vida económica chilena. Porque cuando la miseria se descarga sobre las masas, estas pierden su pasividad habitual, y se lanzan por el camino que conduce al caos político. Tal ha sido la consecuencia en muchos países y las inquietudes de años recientes en Chile señalan igual posibilidad caso de acentuarse la crisis de nuestra economía nacional. De seguro el Presidente de los Estados Unidos prefiere contribuir a la estabilidad de un país que representa un elemento valioso en la vida social, económica y política del Continente Americano y cuya leal amistad con este país es bien conocida"*¹¹⁶.

En la primera parte del párrafo se invoca una doctrina de ventajas comparativas que es casi idéntica con una visión de economía de mercado liberal, aunque usada con ironía (quizás no consciente) como argumento frente a Washington. Sin embargo, la parte más consistente del párrafo no se refiere al ámbito económico, sino que a la falta de coherencia con la política del "buen vecino", la que ya era un hecho natural para el autor. No se

menciona en cambio la posibilidad de una irracionalidad económica que afecte a largo plazo al intercambio comercial y que sirva de deficiente criterio regulador de la economía mundial, entonces sumida en lo más negro de la Depresión. Esto se ve más claramente en la segunda parte del párrafo. Aquí el factor político como regulador esencial de las relaciones se presenta como la preocupación básica. Además se conjuga con el peligro que una explosión social representaría para EE.UU. Si como se ha visto la situación prerrevolucionaria de 1931/32 no alarmó mayormente a Washington, que rechazó sugerencias chilenas de ayuda y hasta intervención, veremos que emerge un patrón de conducta que nos traslada hacia el período de la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría. Frente a la idea de que la intervención de EE.UU. al interior de los sistemas políticos del Sur es unilateral, este texto —aunque el autor naturalmente no debe haber estado consciente de todas las implicaciones— muestra cómo este vínculo podía ser promovido por fuerzas políticas y sociales de estas latitudes. Una y otra vez esto se encuentra en el relato de las intervenciones norteamericanas, aunque no necesariamente en las conclusiones de los historiadores norteamericanos. Entre otras razones, las intervenciones adquieren posibilidad porque son parte de la *emergente política mundial*, de comunidad (parcial) de visión de mundo entre actores estatales y no estatales de diversas latitudes. Se ve que Cohen está consciente que ante Washington se puede agitar la posibilidad de una revolución que amenace finalmente los intereses norteamericanos; el texto quiere poner énfasis en que está en el interés de EE.UU. el considerar un desarrollo político estable en esta América como parte de su propia seguridad, y desde luego ello debería verse como positivo para todas las partes. Este tipo de consideraciones tendrá un largo futuro en las relaciones bilaterales (así como en las interamericanas); aunque en 1933 sólo estuviera latente.

Aun en esta versión más cercana al espíritu de los acuerdos de comercio recíproco promovidos por Hull, se puede ver la lejanía práctica de las concepciones. Las ideas están ahí, pero articuladas más bien en dirección de un pragmatismo que en la atmósfera intelectual de esos años tendría gran probabilidad de volcarse hacia una economía política del "desarrollo hacia dentro", aun dentro de los márgenes del "Ross regime". Con todo, en el debate político interno se acusaba a Ross de ser la reminiscencia de un pasado liberal, y 1938 ha sido casi unánimemente interpretado como punto de inflexión. La reanimación económica internacional y el crecimiento posdepresivo sin auxilio externo en un contexto mundial de recuperación frágil indican hacia una preparación para la reincorporación al circuito económico predepresivo como la finalidad de Ross. Esta otra posibilidad no está del todo ausente y emerge por ahí y por allá en la palabra de esos años. Un instructivo de la Cancillería con recomendaciones para la Conferencia Panamericana de 1936, insistía en que las medidas de restricción al comercio

internacional eran provisionarias. Estas habrían sido provocadas por medidas foráneas, "principalmente europeas". El deseo de los países latinoamericanos era "de que desaparecieran las circunstancias que habían obligado a algunos países de América a tomar esas medidas restrictivas y a la aspiración de que se reconozca la libertad del comercio internacional, como la mejor base para el buen desarrollo de las relaciones internacionales"¹¹⁷. Esta segunda línea de pensamiento, en este documento, quizás era pirotecnia anunciadora de mucha vacuidad charlatana de las organizaciones internacionales de la segunda posguerra. Pero su aparición indica hacia las potencialidades del "Ross regime", según se verá.

Como se dijo en el Capítulo I, la derecha se identificó en gran medida con la política de Ross. Aunque el hombre y su política crearon una fuerte controversia entre sus filas, al final Ross logró constituirse en su líder "natural"; ningún otro político podría haber tenido la misma fuerza de común denominador. Aunque en filas conservadoras emergían críticas "sociales" a la política del Ministro (muy liberal, no mira al problema de las "clases necesitadas", pertenece a otra época) y al carácter del hombre, en los momentos decisivos casi todos se colocaron bajo su liderazgo. Sin embargo, en relación a la economía política (fundamentalmente implícita) se da una notoria diferencia de matiz que indica hacia divergencias más profundas. Aunque las filas se unen cuando se trata de la alarma por una revolución social o una amenaza a las relaciones fundamentales de propiedad, el nacionalismo y el proteccionismo aparecen más acentuados. Además como ha señalado Mario Góngora, se daba con fuerza la idea de la acción social del Estado, y que ella en cierta medida iba en desmedro de un liberalismo "extremo"¹¹⁸. Es aquí donde el liderazgo del Ministro aparece fundamental si se piensa que existió una posibilidad real de que Chile tuviera una alternativa a su economía política internacional en la época del "Estado de compromiso".

La inspiración que se podría llamar de "re-liberalización" propia al "Ross regime" —es decir, el "proyecto" liderado por el Ministro tal como se ve en el Capítulo IV— hablaba en un lenguaje más clásico. Se han citado las palabras de Guillermo Subercaseaux acerca del "nacionalismo económico". Pero tampoco hay que olvidar que frente a esa (quizá) concesión retórica, su insistencia va en la lucha contra la inflación —de hecho muy baja en estos años—. "Y al recordar a nuestros mejores colaboradores, dice el presidente del Banco Central, no debemos olvidar al Gobierno que, con el equilibrio del presupuesto, nos ha permitido desarrollar una política monetaria sana... *En esta materia debemos ser inexorables*". Pero al mismo tiempo Subercaseaux afirma que la estabilidad no está ligada al patrón oro, sino que al poder adquisitivo de la moneda. "Sin necesidad del patrón oro, podemos mantener esta estabilidad con sólo respetar las normas de política monetaria y bancaria a que nos hemos referido. La vuelta al patrón oro no parece aconsejable al

menos para nuestras Repúblicas Sudamericanas"¹¹⁹. La impotencia ante la anarquía económica internacional combinada con alguna desconfianza ante la economía mundial aparecen claras en este texto, en el que repite ideas de otro anteriormente citado.

Asimismo, se mantiene firme una idea que posibilita una competencia en el plano de esa economía mundial: la política monetaria "sana". El sucesor de Ross, el Ministro de Hacienda Francisco Garcés Gana, no es menos explícito al respecto: "El equilibrio presupuestario es, efectivamente, lo que constituye la más eficaz defensa de los intereses nacionales"¹²⁰. Pero otra cosa es en la semántica general de quienes se sentían interpretados por el Gobierno. Un articulista dice que Ross, aunque "economista de la escuela liberal, no ha podido desatenderse de la tendencia mundial hacia la intervención del Estado en las actividades nacionales"¹²¹. El activismo fulgurante del Ministro había dejado profunda impresión en este sentido. Y cuando se miran paradigmas para nuevas políticas, ellos son modelos que para la época muy bien se podrían llamar "posliberales", Italia, Alemania, EE.UU.¹²² En el lenguaje del propio Ross, como se verá más adelante, se daban frases que, descontextualizadas de sus ideas —muy originales incluso dentro de las filas gobiernistas—, podían también leerse como una incitación al nacionalismo económico y con tonalidades "antiimperialistas". En la discusión del proyecto de la COVENSA, criticando a la COSACH, afirma que ésta "significaba entregar la vida, las actividades y el porvenir de las provincias del norte a la dirección de una empresa extranjera; en general las decisiones de esta clase de empresas son dictadas por sus ventajas materiales e inspiradas por su exclusiva conveniencia, y están, por lo tanto, frecuentemente en pugna con el verdadero interés nacional"¹²³. Hay que tener en cuenta que Ross en parte usaba estas palabras en la tensa tarea de obtener apoyo parlamentario; por lo mismo ello indica hacia la sensibilidad por el nacionalismo económico del público chileno, y uno debe pensar que las frases se separaban de la semántica del Ministro (Capítulo IV) y debían nadar como pez en el agua de la cultura económica de la sociedad austral de esos años. El conjunto de elementos que construían algo así como la visión económica de los chilenos, no se levantaban a partir de, v. gr., los partidos políticos. Aquí se ha tratado de mostrar cómo existían convicciones que cruzaban al espectro político, aunque lo interesante son los matices que indicaban hacia diferencias sustanciales. De todas maneras es necesario tener presente las posibilidades y límites entre los que se desplegaba la política gubernamental. Aunque ésta era más que una política de Gobierno, correspondía a una cultura de Estado, de todos modos se desarrollaba dentro de la oferta de alternativas que se escribían en el horizonte de la polémica pública.

Capítulo III

Interpretaciones y Críticas al Ross Regime

Hasta este momento se han visto las grandes líneas de coincidencia que suscitó la "economía política de la crisis", y que hace que en algunos aspectos las ideas preponderantes y las grandes líneas de acción no hayan diferido en los cuarenta años que siguen a la Depresión. Ahora habrá que detenerse ante las interpretaciones y críticas que se elaboraban a la decidida política del Ministro, pero siempre mirando aquella expresión de las ideas que tienen más relación con la economía política internacional y por ello con el tipo de relación con EE.UU. Lo que se verá no abarca necesariamente todo el espectro de opiniones; se han escogido, con algo de azar, algunas de ellas que pueden dar una idea de los principales argumentos que se esgrimieron.

La defensa: Héctor Rodríguez de la Sotta

Al detenerse por un momento en un hombre representativo de la derecha, además una mente preclara, el senador conservador Héctor Rodríguez de la Sotta, brazo derecho de Ross en el Senado (excepto para la discusión sobre el aumento de impuestos en 1933, que el Ministro impuso para equilibrar el presupuesto), se puede encontrar una articulación de defensa de la labor del Ministro. Por cierto aquí no se está ante una "crítica" a la labor del Ministro, pero la defensa que efectúa tiene como espejo a la crítica, y por ello es bastante reveladora de las ideas que se lucubraban.

Las ideas del senador en general parecen ir en dirección de un moderado proteccionismo. Hay dos criterios que para Rodríguez permitirían la protección. "Primero, que esas industrias interesen realmente a la economía general, de

suerte que haya una razón suficiente de bien común para protegerlas; y segundo, que esas industrias tengan una base sólida de existencia dentro del país, que les permita una vida propia y no una vida artificial, al amparo de una protección exagerada¹. La concordancia de fondo con las ideas y la acción del Ministro no podían ser mayores. Tampoco el proteccionismo envuelve un activismo estatal en el sentido de propiedad estatal (fiscal) de las unidades productivas, ya que "el Fisco es el peor de los administradores". Además, la preeminencia fiscal en una empresa convierte "todos los problemas comerciales (del salitre, en este caso) en problemas internacionales de Gobierno a Gobierno", restándoles la lógica comercial². Lo que sí acepta Rodríguez es la colaboración en un marco que no corresponde a un liberalismo a ultranza. Por ejemplo, al oponerse a la dictación de un salario mínimo (en este caso, para la industria salitrera), lo cree producto de una legislación precipitada. Cuando se le replica que ello corresponde a la "Escuela Social Cristiana" —como sacándole en cara que ella debía ser connatural a un Senador del Partido Conservador, y por ello hay que ver aquí un veto al liberalismo "clásico"—, Rodríguez dice que esa Escuela también toma en cuenta la situación de la empresa. "La condición indispensable para mejorar los salarios, es la prosperidad de las empresas". El salario es algo relativo, variable de lugar a lugar, "de un día a otro"³. De ahí que el único procedimiento que ha logrado mantenerse en algunos países en esta materia, ha sido el de comités mixtos de patrones y obreros, con intervención de funcionarios del Estado, que fijan salarios mínimos variables para cada empresa y por períodos determinados⁴. Hoy día se llamaría "concertación" o "pacto social"; en ese entonces, no se olvide, todo esto se expresaba además en una formalidad interpretativa de tipo "corporativista". Pero la idea en lo esencial es la misma, un tipo de cooperación productiva que *asociaba*, y no una simple negociación que resultase en un juego de suma cero. Pero se sabe que no fue el criterio que predominaría. Otra cosa es que el desempeño práctico del tipo de desenvolvimiento social de los sectores de derecha se convirtiera en una barrera para la comprensión de esta política y de la acción del Ministro.

La defensa que el senador efectuaba de la recuperación económica liderada por Ross llegaba por cierto a oídos sordos. A sus explicaciones se le espetaba que nadie lo entendía. Rodríguez en cambio se lamentaba que "estamos tan acostumbrados a oír hablar aquí a los representantes de la Izquierda, en forma vaga, en forma altisonante, más o menos patética, sobre el 'hambre del pueblo', los 'abusos de la oligarquía' y el 'imperialismo extranjero', que no podemos menos que celebrar el verlos apearse de ese mundo de fantasía y de vaciedades, para entrar a discutir también con números en la mano". Y el senador enuncia con cierto vigor retórico el corazón de la interpretación social de la derecha chilena de estos años, palabras que no siempre, sin embargo, se traducirían en una cultura política conservadora definida:

*"He oído repetir en varias ocasiones a los honorables Senadores de la Izquierda esta frase, que les parece muy elegante: 'hacer más ricos a los ricos y más pobres a los pobres'. No voy a desconocer cierta elegancia en la expresión, pero, en cuanto a su fondo, debo decir que es una frase hueca y sin sentido, y que envuelve un concepto errado y anticientífico. No se conocen en la historia económica del mundo períodos de expansión o de prosperidad económica, que hayan tenido por efecto 'hacer más ricos a los ricos y más pobres a los pobres'. Parece que el honorable señor Schnake y con él los honorables Senadores de la Izquierda, se imaginaron que los intereses de los capitalistas y los de los obreros estuvieran divididos por una inmensa cima, como quien dice: la cima de Los Andes... Así también parece que creyeran ellos en una barrera infranqueable que separa, en el orden económico, los intereses de las clases trabajadoras de los intereses de los capitalistas <interrumpe el socialista Guillermo Azócar: 'Su Señoría ha superado en elegancia al honorable señor Schnake...>... ¡Qué error tan craso! Y es el que ha engendrado la malhadada lucha de clases..."*⁴.

Por cierto este era el convencimiento profundo del mismo Ross; pero no necesariamente reflejaba una confianza dentro de las filas gobiernistas, ni siquiera con toda aquella parte de la mentalidad colectiva que simpatizaba con la obra del Ministro. Sus palabras acerca de las utopías irrealizables⁵ eran leídas como una actitud de limitación antes que como una señal de mantener una conducta posible y benéfica. Si se ha dicho que las demandas de nacionalización de empresas extranjeras no estaban en la orden del día (salvo como defensa a posteriori, como el mismo Ross a propósito de la energía eléctrica), tampoco se articulaba una defensa definida de su necesidad. Rodríguez de la Sotta en cambio, junto al Ministro (a veces) es de los pocos que plantea la necesidad de promover la inversión extranjera. "¿Sería justo privar a los obreros del norte de la expectativa de que se construyan estas grandes plantas que les pagan un salario mejor...? Es tiempo ya de detener esta ola creciente de ataques sistemáticos al capital extranjero... El desenvolvimiento y progreso del país necesitan imprescindiblemente del concurso de los capitales extranjeros"⁶. Es esta inversión la que da lo que quizás después Rodríguez habría llamado "ventajas comparativas", capaz de establecer una relación dinámica de Chile con la economía mundial. Al menos su oposición en principio a los aranceles refuerza esta impresión: el arancel a los artículos no imprescindibles, "encarecen la vida del pueblo"; los otros, los aranceles a importaciones que alimentan la producción, son "anticientíficos"; mejor sería establecer honradamente un impuesto a las utilidades⁷. Incluso el senador se atreve a afirmar que "hay cierta inclinación en el mundo económico para ir, en lo posible, a la libertad de comercio"⁸. ¿Será la "libertad de comercio" o el "en lo posible" (¿=casi imposible?) lo que

pesaría en la mentalidad económica de la que el senador era portavoz y a la que deseaba ilustrar?

La recuperación económica del país para Rodríguez se ha conseguido por exclusivo medio de las fuerzas propias, sin poseer crédito externo. "no con medidas artificiales... como antes de 1929". El senador insinúa así que la readquisición del crédito externo —si se cumple honestamente con el plan de pagos de la deuda externa— ofrecería una consolidación para un radiante futuro⁹. El mérito tiene un nombre, y es el del Ministro de Hacienda, "alma de toda esta obra", y en la hora que él se aleja del país acompañado quizás por la ingratitud, Rodríguez de la Sotta quiere rendirle homenaje: "por los eminentes servicios que ha prestado a su patria"¹⁰. El senador conservador, el mejor articulador del lenguaje político de la derecha en el Senado, expresaba lo que los admiradores de Ross balbuceaban, y es un buen ejemplo de cómo eran racionalizadas —en este caso al mejor nivel— las ideas representativas de la política de Ross.

El cristianismo social

La cooperación social en el gobierno... Pero la cultura política dentro de la cual se movía la política del Ministro era más compleja. No sólo se trata de rivalidad personal y política dentro de la coalición de los sectores que apoyaban la labor gubernamental. La arquitectura de las ideas no era allí homogénea. La debilidad del liberalismo procedía de un desaliento con el mismo que antecedía a la Gran Depresión. Desde sus orígenes esta sensibilidad oscilaba entre dos autoidentificaciones: el ser una alternativa a la izquierda "atea" o al comunismo, al marxismo, por una parte; por la otra en su reacción de profundo repudio al liberalismo, no sólo económico, sino que también a la sociedad "sin ideales" y "sin principios" que sería su espacio^{10a}. Los herederos de la "cuestión social" también militaban en las agrupaciones de derecha, y veían su orientaciones como alternativa tanto a políticas "descreídas" como una respuesta a la secularización y a la amenaza revolucionaria. Esto los unía todavía en los treinta muy estrechamente en una postura "conservadora", aunque su juventud ya elaboraba un perfil que después de 1938, y teniendo como punto de referencia el rechazo al Ministro, la separaría y finalmente la convertiría por varias décadas en la hostil herejía de la derecha¹¹.

En esta sensibilidad que, como, siempre nunca se deja limitar a un solo grupo concreto, nombrable, la *acción social* expresaba al mismo tiempo una voluntad de paralelismo o hasta de preeminencia al funcionamiento del mercado —y por extensión se podría añadir a la idea de "ventajas comparativas" en economía política internacional —como una esencial desconfianza en sus virtualidades. La crisis tanto a nivel mundial como nacional es enfrentada por

la Iglesia con una voluntad de penetrar la totalidad de la vida humana, y para ello la acción secular recibe una sanción religiosa, para sí, "en una palabra oponer al laicismo social que nos paganiza el catolicismo social que nos redime"¹². Es la era del totalitarismo la que despunta, como desafío también para los chilenos, y en la perspectiva más novedosa que podía presentar la Iglesia y los católicos, que para repetir inundaba a vastas porciones de la sociedad, el "Ross regime" no podía quedar exento de crítica.

En este sentido existía a veces un foso de percepción de mundo. Gustavo Ross y los hombres que lo rodeaban simbolizaban para muchos de ellos una especie de "olor del dinero", que por naturaleza a estos conservadores muchos de ellos, marcadamente austeros en su vida personal, a veces con cierto resentimiento que ello puede llevar consigo— les parecía repelente, aunque en muchas ocasiones defendían la labor del Ministro. En cambio, un observador decía en septiembre de 1932 que "repudiamos el actual orden social por no ser íntegramente justo y queremos una evolución definitiva hacia un orden social más perfecto. Debería bastar la constatación del fracaso de la actual organización de la sociedad para que se buscaran los caminos que llevarán a la solución"¹³. En la estela de la Doctrina Social de la Iglesia esta actitud sería una valla formidable para la consolidación de las ideas del Ministro. Esto tiene más relevancia si se piensa que la postura de estos católicos alcanzó más fuerza con el espaldarazo indirecto que recibieron en 1934 de parte del Vaticano, en una disputa por divergencias políticas es cierto¹⁴, pero que, sin embargo, ayudaba a crear un clima en el cual podía aparecer cuestionable la política económica de Chile.

De hecho fue la persona del Ministro, sobre todo como candidato de las derechas, la que llevó al desprendimiento de la Juventud Conservadora que rompe con el Partido Conservador. Estaba en potencia en su ánimo la sensibilidad que la llevaría en el futuro a imaginar su rol como el de inspiradora de una coalición de centro-izquierda. En 1937/38 los falangistas, antes que la gestión del Ministro, quien encarnaría "la concepción materialista de la vida"¹⁵, critican la sola idea de que sea candidato, ya que lo estiman poco apto para el cargo de Presidente. Pero el punto de partida que los tenía que llevar a otra trinchera que la de Ross está claro: la semántica moral de estos jóvenes somete a la política de Ross a una medida en la que ésta no podía sobrevivir, pero a la vez sometería a toda la política chilena a un rigor del que había poca escapatoria.

Era probable que esta disposición se volcara a un rechazo de crear un clima favorable a la inversión extranjera¹⁶. Aquí no hay nada explícito. sólo una posibilidad (o imposibilidad) de las categorías. Se han citado las palabras del joven Eduardo Frei a propósito de la muerte del viejo liberalismo. Si se vuelve a ellas en lo que explícitamente hablan del orden económico, quedarán más claros los límites de la época. "Enérgica acción de la economía". "mala

distribución de caudales públicos y privados", un país que depende de "pequeños y variables factores de la economía mundial", no aprovecha "en una proporción justa y razonable" al cobre (aunque no critica "cerradamente" al capital extranjero)... La respuesta es: "debemos aumentar nuestra producción". Su modelo explícito está en Bélgica, Suiza, Dinamarca. La principal riqueza es la agricultura, para la que se requiere "planificar una política agraria de largo plazo". Hay que explotar la tierra racionalmente, innovar en las técnicas y efectuar "una subdivisión adecuada de la propiedad agrícola". Han fracasado tanto el liberalismo individualista como el Estado. Sólo un pueblo "en forma", en donde las profesiones estén organizadas en forma de corporaciones, podrá existir una "economía racional"; ahí "las fuerzas productoras" se dejarán sentir por medio del Consejo de Economía Nacional. Ahí se logrará la "democracia orgánica" (que es aquella) en que la economía es dirigida por instituciones adecuadas y eficaces, en que las realidades sociales y económicas se manifiesten naturalmente¹⁷. Por cierto, en estas palabras no se propician ni un estatismo ni una economía esencialmente autárquica; también están ausentes las referencias moralistas. Pero el acento está puesto en el activismo económico interno como premisa de un desarrollo ulterior, y sólo de manera subsidiaria se piensa en los vínculos con la economía mundial. No existe el sentido de su urgencia, que para Ross en cambio era tan claro. Esto se inscribe en una amplia actitud, que no se remitía exclusivamente a los falangistas, sino que mantuvo su lugar en sectores de derecha en los treinta y después, y reflejó una mentalidad que cruzaba el espectro político, o era colectiva en momentos dados. Las revistas *Estudio* y *Lircay* pueden ser consideradas representativas de este estilo, y respondían a una "crítica de la cultura", casi necesariamente antiliberal, aunque no se limitaban a este aspecto. La respuesta a la crisis sólo pasaba por una "modificación profunda del orden social" y la "reintroducción de principios corporativos en una economía no liberada a la libre y desenfrenada competencia"¹⁸. La recurrencia "corporativa" no siempre se relacionaba con modelos de tipo austriaco o portugués de la época, pero sí con la atmósfera de la época que sentía un profundo desapego por la civilización liberal. El Chile de los treinta había dado a luz a una nueva sociabilidad política muy distinta y distante de los patrones oligárquicos de antes de la Gran Guerra. La Gran Depresión le había añadido la idea de crisis del ordenamiento anterior, la del fracaso de su sistema económico, en lo que se incluía a varias esferas de la "economía de mercado". Si a esto se le añade la dificultad intrínseca de la economía de mercado de despertar atracción moral en el mundo moderno (si se mira un periodo de dos siglos), como neta coherencia con los valores de la civilización, se puede ver en qué medida la economía política propiciada por Ross se movía sobre arenas movedizas a la hora de su legitimación.

Los nasis: una cara del nacionalismo

El Frente Popular proclamó que la lucha política era entre "democracia y fascismo", tomando así fácilmente las banderas del "antifascismo", que en el Chile de la época podrían corresponder a socialistas y desde luego comunistas; quienes habían entregado la idea y algo de los nombres. Pero en ese equilibrio de fuerzas los radicales, el centro gravitante, quedaban fuera de ese campo semántico: de todas maneras usó exitosamente la consigna. Paradojalmente el triunfo de Pedro Aguirre se debió, entre otras razones, al apoyo que le brindó el único movimiento político genuinamente fascista que en Chile ha alcanzado relevancia. Su líder, Jorge González von Marées, y su medio de prensa, el diario *Trabajo*, vociferaban entre 1936/38 contra Ross, y fueron ellos precisamente los que popularizaron la expresión "último pirata del Pacífico" para referirse al Ministro. Más que el Frente Popular, en este grupo se da un acabado y perentorio programa de "nacionalismo económico" a ultranza. "Ese Ministro —dicen los 'nasis'— en su afán de servir los intereses de la plutocracia nacional y del capitalismo internacional, no trepidó en sacrificar a esos intereses la vida de toda la población de Chile"¹⁹. El lenguaje de los nasis, en la antecámara de la campaña, es casi indistinguible de un "antimperialismo" de cuño marxista. "El señor Ross, que sirvió la cartera de Hacienda durante cuatro años con desprecio absoluto de los intereses de las grandes masas, encarna el espíritu reaccionario de que están empapados los partidos liberal y conservador. Su triunfo significaría el control ilimitado en el poder público de estas corrientes servidoras incondicionales de los grandes capitalistas, de los especuladores del comercio y de la banca, de los espíritus retrógrados cerrados a las nuevas formas que exigen las necesidades modernas de la sociedad"²⁰. El triunfo de Ross no haría más que ahondar el foso con que la "Reconstrucción" ha dividido a la familia chilena²¹. Además del espíritu radical con que se expresa este rechazo a la política del Ministro, la apelación a lo "moderno" como se sabe pertenece a la esencia de la política chilena. Los nasis en estas ideas no eran originales (salvo que tomaran estos argumentos desde su perspectiva), sino que exponentes de un sentimiento difundido, que con el resultado de 1938 los chilenos de las décadas siguientes considerarían definitivo.

La proposición con futuro: Pedro Aguirre Cerda

El hombre que encarna 1938 era considerado en los treinta como un experto en economía. Profesor (pedagogo) primero, después abogado, Pedro Aguirre Cerda se dedicaría crecientemente a la lectura de textos de economía y asistió a clases de economía en París, en los años de un "destierro" mucho

menos real que el del León. Ya se han citado palabras de su obra *El Problema Industrial*. De allí y de los artículos que escribió se puede sacar la idea de un hombre que ve la misión de su vida el proponer lo que se podría llamar una "economía moderna" para Chile. Surgido del corazón de la vida política del primer tercio del siglo, ocupa en la memoria la imagen del líder "popular" que le confirió 1938, y después su muerte prematura. Una historia más cuidadosa de sus años de gobierno nos darían con seguridad una corrección a esta idea. Pero aquí interesa ver lo que se puede llamar su economía política y cómo esta difería de la de Ross.

Desde luego, la política de los años treinta puso a Aguirre Cerda en amarga pugna con el Ministro. La crítica social de Aguirre, estaba ausente en gran medida en Ross; no es para este la estructura de clases la que impide un avance económico. Pero en lo demás las diferencias, extraídas de su contexto político, son menos dramáticas de lo que se pudiera imaginar a primera vista. Desde luego Aguirre hace referencia a las cifras pavorosas —comparadas con nuestros días— de la pobreza en los años 1930, el Chile posdepresivo, a cuya posibilidad de supervivencia económica el Ministro había contribuido decisivamente. Pero era fácil señalar las inmensas falencias de la sociedad. Aguirre añade algo más, en la lista de los desastres: el cobre, el salitre, el hierro, la fuerza eléctrica, en poder de empresas internacionales; la industria, el comercio, la agricultura y la minería, que aun quedan en manos de chilenos, sin orientación ni educadores que la pongan al día en su progreso.²² En el capítulo siguiente se ve cómo el mismo Ross hablaba cuánto él había apoyado la "nacionalización" de servicios básicos, aludiendo al convenio Ross-Calder. Aquí vemos que ese lenguaje era parte de las circunstancias, y que la presencia del capital extranjero casi siempre tenía el aire de maldición, como todo lo que no estuviera bajo el alero de un "plan".²³ Por cierto, las ideas frentepopulistas —gradualistas en este caso, no revolucionarias, quizás populistas— de Aguirre no provenían de ninguna "tentación totalitaria", sino que más bien se desprendían de una concepción integradora de "patria" encabezada por un Estado benefactor encargado de muchas tareas de bien común. "Se quiere que la patria sea una madre cariñosa que preste amparo por igual a todos sus hijos y no una madrastra que otorgue privilegios en favor de los menos necesitados"²⁴. La confianza en la capacidad del Estado parece haber sido una constante en estos años en Aguirre, aunque no lo ve como una limitación ni a la propiedad ni a las ramas productivas ya existentes²⁵, sino como un complemento a la propiedad privada de los medios de producción. Pero claramente no lo ve como una asociación como quizás era la idea del Ministro.

Cierto, veía como necesario terminar con el "paralelismo inútil y costoso" de las actividades públicas y las privadas. Su proposición iba a la creación de "un organismo técnico (que) debe estudiar la cantidad y calidad de nuestras

materias primas para constatar sus posibilidades de aprovechamiento en beneficio de las actividades industriales, mineras y agrícolas, a fin de acrecentar el consumo y liberarnos de importaciones innecesarias"²⁶. A veces se pronuncia marcadamente contra la rebaja arancelaria (o a favor del proteccionismo); otras veces restringe el proteccionismo a la defensa de "la pequeña y mediana industria o comercio", que compiten con las empresas extranjeras, "porque la técnica, el capital y la habilidad comercial de la casa extranjera le adquiere su producto a bajísimo precio, o le establece comercios similares, y allí está el nacional, aplastado, sin poder levantarse, porque no hay legislación protectora de esas actividades"²⁷. En los giros lingüísticos aparece la idea de la necesidad del capital extranjero; aunque con un tono de "labios hacia fuera" que en la realidad se sabe era mucho más afirmativo. Pero la idea de proteger a un empresariado nacional puesto bajo el liderato "racional y metódico" de un *plan*, eran un propósito central de Aguirre y de la coalición que lo llevaría al poder. Esto no era una cara extremista, sino que lo más genuino de su semántica; desde luego era representativa de la cultura política chilena, incluyendo en varios aspectos a la derecha. Como se dijo, a trazos gruesos las ideas de Aguirre en lo que a economía política se refiere no diferían marcadamente de las del Ministro, y de hecho, como se ve en el capítulo siguiente hay una línea directa entre ambos en lo que a la CORFO se refiere. Ross cree firmemente que no hay que tañer campanas por el "fin de la era liberal", y que con un adecuado *liderato* una clase empresarial en concurrencia y cooperación con el "factor internacional" —esto es, la economía mundial de mercado— el país puede divisar el camino de la modernización. Pedro Aguirre, en cambio, cree que el *liderato* estatal debe extenderse a un amplio control de los factores internos y externos de producción, y que la clase empresarial debe seguir la guía del "plan". Pero, ¿cuánto eran diferencias lingüísticas de contexto y cuánto verdaderas diferencias semánticas, es decir, de impulsos vitales? En ambos se dio una dirección marcada y tanto el "Ross regime" como el "sistema CORFO" pueden ser considerados como "modelos". El primero recibió una dura respuesta de EE.UU., pero salpicadas de reconocimiento y parece que también con el subentendido que trataban entre iguales en un contexto de economía política posdepresiva. El segundo recibió un fuerte respaldo para sus planes de industrialización de parte de Washington; pero este apoyo estaba más sustentado por las condiciones estratégicas del cambio de década que por la racionalidad de economía política.

Existen otros dos aspectos en la crítica de Aguirre relacionados con economía política que merecen ser nombrados. En primer lugar comparte con Ross, más estrechamente que lo que uno se podría imaginar desde una perspectiva de la guerrilla ideológica de los treinta, la idea de que la *cultura económica* es fundamental para el desarrollo económico. Ciertamente no se usa esa palabra, pero la realidad es la misma. ¿Cómo se puede pensar de otra

manera cuando insiste repetidamente la idea (desde luego no original en Chile) de que "formamos consumidores y no productores"²⁸. La educación humanista que han prologado "maestros" europeos ha engañado acerca de las verdaderas razones de la superioridad económica europea, y no hay que creer que América para Europa es sólo un campo de explotación y de rapiña²⁹. En su mirada al agro no son sólo razones "estructurales" (como se diría después) o de la "oligarquía" las que explican su atraso³⁰. La educación entra aquí como el tema prioritario, de nuevo no por primera ni por última vez en la historia del país; en Aguirre esto no fue un propósito de los labios para fuera, y no es raro de que en este contexto cite a Alemania. Se trata de superar la "educación tradicional": "El país todo debe convertirse en una escuela de salud, moralidad y trabajo"³¹. Esto no se encuentra solamente en la falta de instituciones educativas o de un mero descuido, o de una mera falta de distribución justa de la riqueza, sino que también está en una falta de toma de responsabilidad del chileno (pro)medio. "No cumpliría con mi conciencia ciudadana si no señalara nuestros defectos sociales que es preciso corregir y que están densamente arraigados tanto en el más humilde como en el más elevado. Tales son nuestra tendencia al derroche, una repulsión latente al trabajo, una inmoderada pasión por el juego y la embriaguez y una falta de perseverancia que dificulta e impide la realización de las obras más bellas y trascendentales"³². Estas son observaciones que los críticos con genialidad como Edwards Bello y Lukas han destacado, pero que después de la generación de Encina ha llegado a ser poco *fashionable* expresarlas. El cientista social y el historiador (chileno, o latinoamericanólogo de otras latitudes) no las ve, aunque las tenga ante sus ojos, aunque sea su propia comidilla en los momentos de esparcimiento social. No es algo fácil de evaluar, pero sin un intento de apreciación no será posible llegar a una comprensión del "desarrollo frustrado", el que no se encuentra solamente en problemas de "proyecto macroeconómico". En fin, lo fundamental para este libro, es que estas palabras podrían haber sido suscritas por el mismo Ross, que con menos verba pero con la misma convicción sostenía que en este aspecto había (hay) un programa a realizarse.

En segundo lugar, hay un aspecto más oscuro que lo aparta del Ministro. En Aguirre se da una retórica que hoy día se podría considerar con tintes xenófobos cuando no racistas. Se ha hablado de las referencias al capital extranjero, aunque esto puede inscribirse en un nacionalismo latinoamericano "normal": está el "mensaje" de que los "extranjeros" se llevan más de lo que les corresponde. "Los apellidos turcos (sic), italianos, eslavos, etc., están apareciendo en la mediana y en la gran industria, mientras el chileno está siendo más y más relegado a actividades inferiores". No hay que rebelarse ciegamente, sino que luchar por conquistar posiciones análogas o superiores. No se debe luchar contra un "naciente capitalismo nacional", sino que combinar

todas las fuerzas nacionales para absorber, dominar y nacionalizar al individuo y al capital extranjero"³³. Existe en estas palabras el supuesto de una entidad nacional que debe absorber al extranjero; está la apelación a la "nación en peligro". Aunque no se debe olvidar el vínculo con el nacionalismo epocal y con una idea que en cierta manera está también en Ross, según se ve en el capítulo siguiente, la de la "burguesía nacional" para emplear el término de Mao. Esto hace consciente al carácter gradualista y limitado de la transformación político-social a la que aspiraba Aguirre, en contraposición al radicalismo de Allende en 1970.

Pero también nos pone el horizonte de época y de era que libró a Chile de un racismo agudo sólo porque la inmigración no alcanzó un carácter masivo. En general, las expresiones de Aguirre se dan como parte de un "antiimperialismo" mitigado, en son de crítica al gran capital extranjero, y es virulento cuando los extranjeros compran grandes extensiones de tierra en Chile³⁴. Alcanzan un radicalismo con tonos xenófobos cuando dispara un mensaje apenas disfrazado contra Ross: que éste es un "extranjero" (en otras voces, un judío; aunque no lo era, pero ello no importaba) que quiere comprar la Presidencia. Hay que resistir a toda candidatura que no lleve a un personero que no sea auténticamente chileno, educado en Chile, que se haya formado con las vicisitudes, amarguras y alegrías del pueblo chileno mismo, y que por consiguiente sepa conservar y resguardar los intereses nacionales para que los aprovechen los chilenos³⁵. Hay que restar la significativa parte de odiosidad electoral, desatada con toda fuerza en 1938; pero aun así queda el elemento de orientación hacia una suerte de "esencia nacional", que también conllevaba una interpretación de la economía política internacional que tenía que chocar con aquella que promovía el Ministro con menos brillantez retórica pero con gran efectividad.

Los socialistas: nacionalismo y antiimperialismo

Los socialistas de los treinta representaban una combinación de nacionalismo, populismo y elementos marxistas, pero en políticas generalmente movidos por la inspiración de un cambio radical. Como "socialista" en este período hay que considerar no meramente a un marxismo no comunista (el comunismo tiene como modelo y está subordinado en caso necesario a la URSS), sino que a un radicalismo al menos retóricamente sin compromisos con el orden establecido, y que rechaza a la economía de mercado (la palabra "capitalismo" es aquí más ambigua, ya que en los treinta no pocas derechas eran "anticapitalistas") y al orden político moderno, en la medida que lo ven ligado a la anterior. Sin tener necesidad de poseer una relación explícita con el entonces Partido Socialista, al menos el horizonte

conceptualmente regulador de esta crítica es un "anticapitalismo" manifiesto y el "antiimperialismo", muchas veces como dos caras de la misma medalla. Esto es especialmente cierto en lo que a economía política se refiere. En este plano la crítica "antiimperialista" y la confianza en el "plan" (que a su vez privara de la herramienta de dirección económica a las "clases dirigentes") eran los puntos de referencia para su crítica al "Ross regime"³⁶.

Aunque parte de la fuerza de sus expresiones provenía de una inspiración marxista, no quedaba claro si el radicalismo político les ordenaba una postura revolucionaria o un incrementalismo reformista, una suerte de populismo. "Ni fascismo ni imperialismo. Afianzar la paz con los pueblos de América. Defender y explotar nuestras riquezas. ¡Pan, Tierra y Libertad! ¡Escuela, Salud y Trabajo!"³⁷ repetía con su verba altisonante Marmaduke Grove, una suerte de Robespierre chileno en potencia. La percepción del presente, como en Aguirre y todos los críticos, es la situación posdepresiva, que acentuaba una miseria y necesidad que ya desde el albor del siglo había creado la "cuestión social". "La desocupación, el éxodo de los campos, los salarios de hambre, las familias excesivamente numerosas, las enfermedades infantiles, el trabajo prematuro de los niños..."³⁸. Generalmente, dada la personalización que adquirió la política económica de la administración, existió un culpable con nombre y apellido, y ese era Gustavo Ross. "La acción del Ministro Ross puede resumirse en pocas palabras: ha encarcelado la vida, ha bajado el peso chileno, ha bajado los jornales y sueldos a la mitad, es EL MINISTRO DEL HAMBRE"³⁹. Su íntima relación con banqueros ingleses lo inhabilita para ser Ministro de Hacienda, en todo caso "el más funesto que ha tenido (el país) durante toda su vida republicana"⁴⁰. No se trata de un verdadero economista, sino que de un "agiotista".

*"El señor Ross no es sino un gran especulador, y sabe aplicar su audacia de agiotista a sus actuaciones políticas, económicas o financieras. Es sólo un arbitrista, un oportunista... No tiene preparación alguna para manejar las finanzas de una nación que se respeta. No es lo mismo ganar una gran fortuna en el tapete verde o en especulaciones de bolsa, que llevar bienestar, justicia y tranquilidad a un pueblo. El manejo de la Hacienda pública no es un negocio. En esto se han equivocado los que creen en el talento y en la preparación del señor Ross como estadista"*⁴¹.

Palabras representativas no sólo desde una emoción socialista, sino de todos los que se sentían hostilizados por la política del Ministro, o que personalizaban en él las penurias personales o colectivas. Pero existe un hilo hacia la formación de una convicción profunda en el dominio de las ideas públicas de las décadas siguientes, aquel del "plan". El calificativo de "arbitrista" que recibía el Ministro⁴², y que hacía justicia a la forma pero no necesariamente al contenido de su política (como se verá en el próximo capítulo), demostraba

la creencia casi inmovible de estos años en que la planificación y la organización centralizada eran la respuesta adecuada no sólo a la Depresión, sino que al tema más amplio del desarrollo económico y social. Las ideas que sostenía el Ministro —claras, aunque a él y a las suyos les costara articularlas en público— tendrían una dura cuesta arriba en los años y décadas siguientes para explicar por qué no tenían también un "plan", o a veces asegurar que sí lo tenían.

Entonces el cambio general de régimen aparecía como el único recurso que podía reconciliar las necesidades con la implantación insustituible del "plan". "No creemos que sea por maldad que el Gobierno y los partidos de la derecha no resuelvan en favor del pueblo el problema de las subsistencias; creemos sencillamente que es a virtud del régimen dominante, que les entraba sus manos, que les impide resolver, aun por bien intencionados que sean, en favor del pueblo" aseguraba Oscar Schnake⁴³. En esta concesión moderada, que engaña acerca del verdadero intercambio de epítetos de la época⁴⁴, se puede ver mejor que en las violentas diatribas cómo los socialistas introducían la idea-fuerza del "cambio" en el lenguaje público, y que llegaría muchos más allá del radio de acción de su influencia. Aquí no había posibilidad de reconciliación con la economía política del Ministro.
Pero había otro factor: Ross no era considerado solamente el responsable máximo de nuestra bancarrota económica y miseria nacional⁴⁵, sino que además de no tener una dirección, un "plan" y carecer de toda originalidad, la tiene sin embargo en "el desparpajo con que ha entregado las riquezas nacionales al imperialismo extranjero"⁴⁶. El salitre y la fuerza eléctrica, el Convenio Ross-Calder (Cap. V) eran los ejemplos favoritos⁴⁷. Pero también, Ross habría sido el orquestador para que el petróleo de Magallanes quede inexplorado, "porque intereses poderosos se han concertado para hacer fracasar las exploraciones y ocultar el resultado de los sondajes en beneficio de los grandes intereses representados por las compañías antes nombradas, que no desean competidores, y que sólo se interesarán porque surja el petróleo en nuestro suelo cuando él sea de su absoluto dominio"⁴⁸. Ross y sus partidarios, asevera Oscar Schnake, gobiernan como representantes "de las grandes empresas imperialistas, es decir, que representan a los capitales que actúan en la industria salitrera, en la del cobre y en la de energía eléctrica.... Comprendo que representan a la oligarquía económica la oligarquía industrial y a la oligarquía bancaria"⁴⁹.

Aquí se está en presencia de la perspectiva "antiimperialista" plenamente instalada en la cultura política chilena. El cambio de régimen interno no es una fase aislada de reforma/revolución, sino que parte viviente de un realineamiento internacional, en este caso en la esfera de la economía política internacional. Se adhiere a una versión radical del nacionalismo económico, por lo demás ya bastante en boga en América Latina, espoleado por las

disputas petroleras en México y Bolivia. Los problemas de Chile se originan en una sustracción indebida de parte de los intereses privados capitalistas, extranjeros, en connivencia con una oligarquía nacional, que no sirve a los intereses de la nación. Este esquema tendría sus matices, y por cierto el mismo Schnake a partir de 1940 veía en EE.UU. del New Deal una sociedad "progresista". De hecho, el socialismo de Schnake se dirigía en lo interno contra la "oligarquía" y los monopolios, y afirmaba que el Estado no podía eficazmente introducirse en la mediana y pequeña empresa⁵⁰.

Pero como una coordenada de la interpretación que la sociedad (y parte de los actores estatales) chilena se hacía del sistema internacional, esta visión ejercería un vasto embrujo con la que otras interpretaciones tenían que contar, y que luchaban por el corazón de la cultura política nacional. De ello se pueden deducir dos conclusiones. En primer lugar, en los años treinta el objetivo destacado de este naciente "antiimperialismo" no podía ser otro que los Estados Unidos y sus intereses económicos en Chile. La crítica a Ross se confunde prácticamente con la crítica a EE.UU., aunque el factor internacional todavía no ostente el protagonismo que adquirió después. En segundo lugar la radical demanda de transformación interna suponía un cambio del status económico externo, totalmente contradictorio con las ideas y la práctica del Ministro. Esto tendría consecuencias institucionales que no son de interés aquí (reforma o revolución?), y también consecuencias económicas, al deséchar las potencialidades de lo que los norteamericanos llamaban "Ross regime", que era perfectamente adaptable al mundo que surgiría de Bretton Woods, lo que no ocurría con el nacionalismo económico del tipo que representaban los socialistas.

El comunismo del Frente Popular

El Partido Comunista de la era del Comintern era una copia fiel de la imagen que desde la sensibilidad anticomunista se podían imaginar la obediencia a Moscú de un miembro de la Tercera Internacional. Por ello sus manifestaciones de economía política tenían que seguir la cambiante y dirigida opinión del Comintern. En Chile el frente "antifascista" a partir de 1935 (en una paradoja silenciada en la literatura al respecto) podía llegar al poder con la ayuda del fascismo, y así excluir de su prudencia las críticas a los sectores "burgueses", sobre todo de la "gran burguesía", a la que Ross parecía representar tan bien, aunque tenía que cuidar la nueva imagen que no debía ser revolucionaria, por el momento. Así los objetivos proclamados en estos años de "colaboración de clase" podían sonar más moderados⁵¹, y de hecho tácticamente eran bastante más dúctiles que los socialistas. Esto hace que sus proyecciones de economía política, no sólo poco originales sino que además

casi inexistentes, no diferían mayormente de los socialistas o de casi toda otra oposición. La persona del Ministro proporcionaba además una imagen que de por sí favorecía la exacerbación de "lucha de clases", en su versión frentepopulista, que la limitaba a ser "antioligárquica". "Somos la fuerza generadora del más grande movimiento político de estos años, decía el diputado José Vega: el Frente Popular, que realiza una política auténticamente nacional, de un contenido y de un elevado sentimiento de dignidad y conciencia cívica que se rige por el principio fundamental de hoy: La liberación de Chile es el imperativo categórico de nuestra historia y es el mandato de todos los chilenos"⁵². La liberación aparece concebida, en términos esencialmente políticos, "superestructurales", y por ello la crítica a la economía política se mimetizaba a aquella que podía surgir de críticos como los radicales y los socialistas.

De todas maneras algunas de sus expresiones sobre este tema contienen el sello inconfundible que caracterizó a esta religión política en estos años:

"Como todas las soluciones arbitristas alcanzadas por Ross para los problemas económicos y financieros del Estado, el arreglo del salitre constituyó una combinación destinada a salvaguardar los intereses del gran capital financiero, para sentarlo sobre nuevas bases que le han permitido sobrellevar la competencia de la industria similar del azúcar sintético. El problema para Chile consiste en obtener las cuotas más elevadas de producción posible, ya sea por la mayor absorción de los antiguos mercados, ya sea por la conquista de mercados nuevos en países como la URSS, que podrían convertirse en grandes consumidores de nuestro fertilizante. La Corporación de Ventas ha seguido una política de hermetismo, bajo la inspiración del señor Ross, de tal suerte que sus actividades... no salen del círculo estrecho de la camarilla rossista-imperialista que gobierna como dueña absoluta la producción y el comercio del salitre en Chile. (La venta del salitre depende de una combinación que sigue) la voluntad omnívota de los banqueros de Londres y Wall Street, cuyo personero genuino es el candidato de la reacción"⁵³.

El lenguaje es más abrupto que el de otros críticos, pero más formalizado y menos filoso, si se quiere, y en su conjunto no difiere mucho. Sólo dos detalles reveladores. Uno de ellos es la importancia sacramental de la referencia a la URSS, el paradigma que hace de regulador de los objetivos finales en economía política. El otro puede pasar más desapercibido, y en cierta manera se conecta con el anterior, aquel de la creencia férrea e ingenua que el aumento de la producción encierra casi exclusivamente el secreto de la lógica del proceso económico. Este se hallaría entabado por el "capitalismo", por medio de sus múltiples esclerosis, donde sobresale el sistema bancario. Ross tenía que aparecer aquí como la suprema encarnación del mal, aquel que permite la plusvalía, y más allá, esta crítica proporcionaría una fuerza

adicional a la emoción que identificaba las carencias nacionales a la posición de EE.UU. en Chile y en el sistema interamericano. El origen de la idea de la plusvalía no venía solamente de una teoría abstrusa elaborada durante el siglo XIX, sino que además surge de una convicción largamente acariciada, aunque confusa y sostenida de manera cambiante por las personas y los grupos, según su momento de la vida, las circunstancias y las modas. Se relaciona con lo que se siente como la impenetrabilidad y los absurdos —aparentes y reales— del proceso económico y de las diferencias de destino vital, y no abarca solamente la “era del progreso”, sino que va mucho más atrás del mundo moderno, aunque éste le otorgó hasta hace poco una codificación que hacía destellar una alternativa radical y un fin de la historia como Reino de la Necesidad: el Reino de la Necesidad.

Capítulo IV

Gustavo Ross: el Hombre y las Ideas

En este capítulo se dará una doble mirada a Gustavo Ross. En primer lugar se intentará entregar una aproximación a la personalidad, pero siempre tratando de escrutar su posición dentro del espacio público y tratando de encontrar el hilo de sus ideas políticas sin aspirar a ser una suerte de biografía. En parte podría ser un “biografía política” pero concentrada en el momento de su desempeño público, y dentro de ello su papel como “actor político-económico”, su comprensión del país y del mundo a partir de sus convicciones íntimas. En la medida en que se puede documentar, esta parte se fundamentará mayormente en testimonios privados, personales. Después se buscará establecer la arquitectura de las ideas que movían al Ministro de Hacienda, tratando de preferencia aquellas fuentes que indican hacia una economía política de las relaciones internacionales, y por ello con consecuencias latentes en las relaciones con EE.UU. Aquí las fuentes serán primariamente aquellas que vengan de testimonios públicos vinculados a su desempeño en el cargo.

El hombre público

El hombre público: el origen

Si es que en la historia hay cabida para encontrar la huella de la impronta personal en la cadena de decisiones y determinaciones en que consiste el proceso histórico, la podemos encontrar en la personalidad de hombre público de Gustavo Ross Santa María (1879-1961). Después de su derrota electoral en